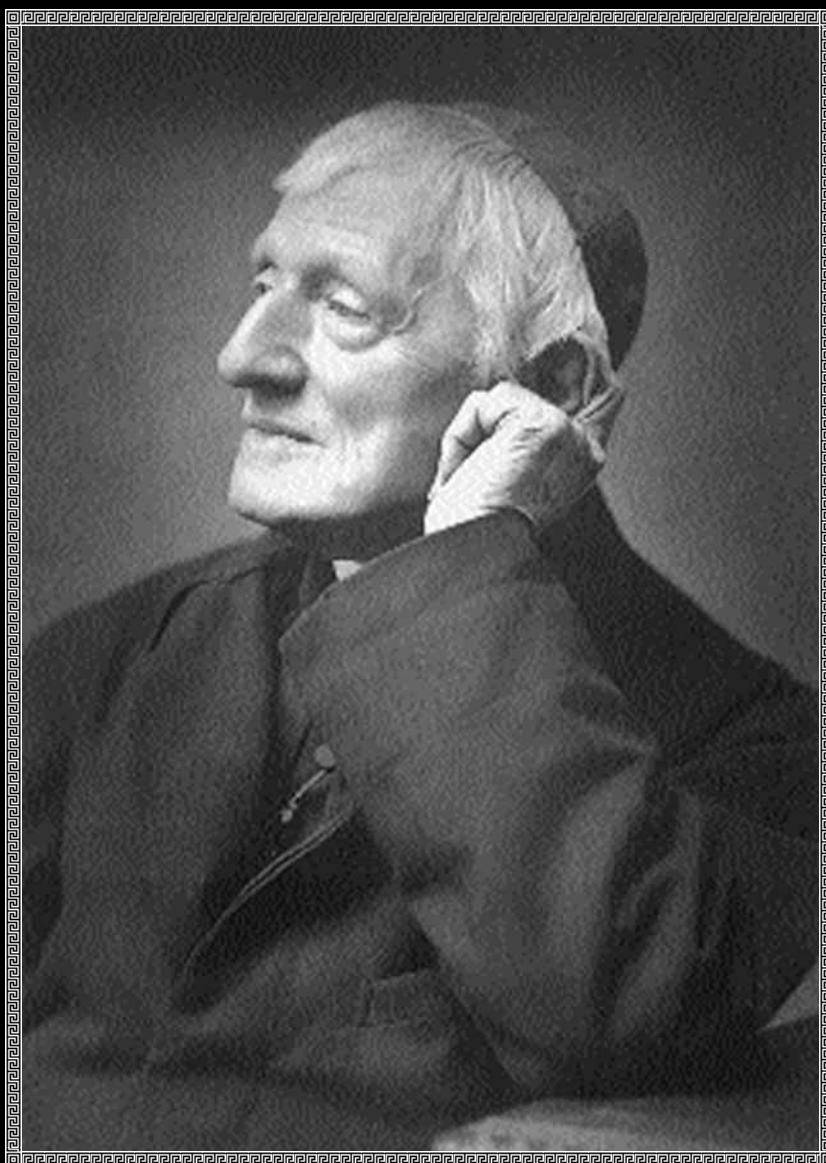


NEWMANIANA

AÑO XIX - NUMERO 53

DICIEMBRE 2009



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA



Año XIX - N° 53
Diciembre 2009

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro

Diseño pre prensa

Pm Desarrollos Editoriales

Impresión

Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - Martínez
Pcia. Buenos Aires República Argentina

EDITORIAL

- El asombroso hecho que acompaña la pronta beatificación de Newman 2

SERMÓN

- La alegría religiosa
(traducción Fernando M. Cavaller) 4

XIII ENCUENTRO NEWMANIANO

- Presentación del XIII° Encuentro Newmaniano:
“Newman y el camino de la santidad” 8
- Los santos en la poesía de Newman
(Jorge Ferro) 9
- La santidad en el pensamiento y en la vida
de Newman (Fernando María Cavaller) 12
- La tarea especial encargada a cada uno
(Inés F. de Cassagne) 21
- Santidad y oración en John Henry Newman
(Ricardo M. Mauti) 25

SUPLEMENTO ESPECIAL

- Newman en fotos y pinturas I-VIII

ARTÍCULO

- Newman y los Padres de la Iglesia
(Fernando M. Cavaller) 29



ORACIÓN

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

El asombroso hecho que acompaña la pronta beatificación de Newman

No es ya noticia de último momento, sino algo publicado en todos los periódicos del mundo, que un número notable de anglicanos han pedido ingresar en la Iglesia de Roma, y que el Santo Padre Benedicto XVI ha decidido abrirles las puertas, promulgando una especial Constitución Apostólica a tal fin.

Los dos hechos son destacables. Conocíamos ya las conversiones al catolicismo de muchos anglicanos, obispos, sacerdotes y laicos, producidas desde fin del siglo XX. Encontramos a algunos de ellos en distintos Simposios Internacionales de Newman en Oxford. Pero últimamente se han sumado grupos más numerosos. En 2007 la Comunión Anglicana Tradicional (Traditional Anglican Communion), integrada por medio millón de fieles, entre obispos, sacerdotes y laicos, pidió formalmente ser acogida por Roma. Otro grupo lo conforman 200 parroquias en Inglaterra que decidiría su ingreso en 2010. Se dice que unos mil sacerdotes anglicanos ingleses entrarían en comunión con Roma. No es posible ignorar que este deseo de unidad plena con la Iglesia Católica ha sido urgido, aunque no sea su causa exclusiva, por la innovación introducida en la Iglesia Anglicana con la ordenación sacerdotal y episcopal de mujeres, la aceptación del matrimonio homosexual y el acceso de personas homosexuales a las ordenes sagradas. Tales cosas, que no corresponden a la tradición viva de fe de la Iglesia desde su origen, han movido a muchos anglicanos, obispos, sacerdotes y fieles, a tomar distancia de estas medidas dentro del mismo anglicanismo, y

luego a considerar su posible ingreso a la Iglesia de Pedro.

A este deseo ha contestado el Papa con una respuesta llena de paternidad y grandeza de espíritu, y como Sucesor de Pedro ha establecido las normas pertinentes para recibir a tantos hermanos en la Iglesia Católica. La decisión ha sido precedida, obviamente, por un profundo estudio teológico y canónico de la nueva situación, que ha dado por resultado la Constitución Apostólica *Anglicanorum Coetibus*, publicada el 4 de noviembre pasado, creando “ordinariatos personales” para los anglicanos que ingresan en la plena comunión con la Iglesia Católica. Se trata, por tanto, de una decisión largamente preparada, desde las palabras de Cristo: “Padre, que sean uno como Tú y Yo somos uno”, con todos los elementos canónicos que puedan asegurar ese ingreso, no sólo a los que hoy mismo lo solicitan, sino para el futuro. Dice el preámbulo del texto pontificio:

En estos últimos tiempos el Espíritu Santo ha empujado a grupos de anglicanos a pedir en varias ocasiones e insistentemente ser recibidos, incluso corporativamente, en la plena comunión católica y esta Sede Apostólica ha acogido benévolamente su petición. El sucesor de Pedro de hecho, que tiene del Señor Jesús el mandato de garantizar la unidad del episcopado y de presidir y tutelar la comunión universal de todas las Iglesia, no puede dejar de predisponer los medios para que este santo deseo pueda ser realizado.

Después hace referencia a principios eclesiológicos: el Espíritu Santo como principio de unidad y comunión, el Verbo encarnado que establece por analogía la dimensión invisible y visible de la Iglesia, y las notas de unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad de la Iglesia, que “permanecen” en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y los obispos en comunión con él.

Finalmente establece la normativa sobre los “ordinariatos personales”, que se erigirán dentro de los confines territoriales de una determinada conferencia episcopal. El ordinariato estará formado por fieles laicos, clérigos y miembros de institutos de vida consagrada o de sociedad de vida apostólica, originarios de la comunión anglicana. La fe debe ser la expresada en el Catecismo de la Iglesia Católica. La liturgia podrá seguir la tradición anglicana con la aprobación de la Santa Sede. El ordinariato estará gobernado por un ordinario nombrado por el Papa, que ha de ejercer de manera conjunta con el obispo diocesano local. Sigue en vigencia la disciplina del celibato para los candidatos al orden sagrado, aunque estará la excepción, caso por caso, para los clérigos anglicanos ya casados que vayan a ser ordenados como sacerdotes católicos. Se podrán erigir parroquias personales del ordinariato para el cuidado pastoral de los fieles pertenecientes al ordinariato. A las prescripciones de la Constitución pontificia se añaden Normas complementarias dadas por la Sagrada Congregación para doctrina de la Fe, con la aprobación del Santo Padre.

Todo esto significará, sin duda, un acontecimiento histórico sin precedentes, por su magnitud, y pide una recepción gozosa por parte de todos. Lamentablemente, lo que transmiten los medios masivos de información, adolece no pocas veces de gran ignorancia acerca de la historia de la Iglesia, de los principios teológicos que ella sostiene, y del espíritu que anima al Santo Padre. También se hacen eco de opiniones extremas que no coinciden con el sentir de la Iglesia, malentendiendo los fundamentos de un auténtico ecumenismo. Algunas de estas visiones sesgadas han descartado hace tiempo la realidad y aún la palabra “conversión”, como si fuera contradictoria con el diálogo. Por el contrario, la fe de la Iglesia ve en la conversión el

punto de llegada esperado, porque se trata de la plena comunión con la Iglesia de Cristo fundada sobre Pedro. Lo correcto, por tanto, es buscar información directa en las fuentes vaticanas, y leer también directamente los documentos papales, sus alocuciones y homilías.

El hecho asombroso, no del todo inesperado pero ciertamente anticipado de modo notable, de conversiones tan numerosas provenientes de la Iglesia Anglicana, no puede dejar de vincularse a la persona de John Henry Newman y su propia conversión. Aquel paso de tan insigne figura del anglicanismo del siglo XIX produjo ya entonces una gracia enorme para muchos que buscaban la verdad como él. La historia ha mostrado a lo largo del siglo XX la conversión de grandes personajes del mundo inglés que siguieron los pasos de Newman. ¿Cómo es posible no relacionar este acontecimiento presente con la intercesión del Venerable Newman, próximo a ser beatificado?

Por tanto, no es exagerado decir que este verdadero “milagro moral” que estamos contemplando en nuestros días, fruto de la acción del Espíritu Santo, es subordinadamente y en la medida que sólo el Señor conoce un fruto de la santa intercesión de Newman. Tampoco es fantasía de nuestra particular devoción esperar encontrarnos en la Misa de beatificación a muchos de estos hermanos que encontraron como Newman el hogar definitivo.

Demos gracias a Dios.

Como anécdota local, hemos de señalar que el mismo día de nuestro XIII Encuentro Newmaniano, el 20 de octubre pasado, fue dada a conocer por la Santa Sede la gran noticia que aquí comentamos. Todo es providencial. También damos gracias a Dios por ello.

Este número de Newmaniana, dedicado enteramente al XIII Encuentro, incluye las imágenes que no pudieron mostrarse durante el mismo por distintas razones, y que constituyen una verdadera iconografía newmaniana de gran valor, que publicamos ahora como conmemoración anticipada a la beatificación.

Feliz Navidad y Nuevo Año, que será el gran Año Newmaniano 2010.

Parochial and Plain Sermons VIII, 17, pp. 244-255.
 Predicado el 25 de diciembre de 1825 y reescrito más tarde.

La alegría religiosa

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALLER

El ángel les dijo: “No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor. (Lc, 2, 10-11)

La gran Festividad que celebramos en este día nos deja dos enseñanzas principales: humildad y alegría. Ciertamente este es el día, entre todos los demás, que pone ante nosotros la excelencia celestial y lo aceptable a los ojos de Dios de ese estado que muchos hombres tienen asignado, o pueden tener, una vida humilde o secreta en la cual se alegran. Si consultamos los escritos de historiadores, filósofos y poetas de este mundo, terminaremos pensando que los grandes hombres son felices, y fijaremos nuestros pensamientos y corazones en posiciones sociales elevadas y conspicuas, en extrañas aventuras, en talentos poderosos que hay que enfrentar, en luchas memorables y grandes destinos. Consideraremos que el camino de vida más alto es la mera ocupación, no la alegría en el bien.

Pero cuando pensamos en la Festividad de hoy y lo que conmemoramos en él, se nos abre un panorama nuevo y diferente. Primero, se nos recuerda que aunque esta vida debe ser siempre de trabajo y esfuerzo, aún así, hablando con propiedad, no hemos buscado nuestro bien más alto. Se encuentra y se acerca a nosotros en el descenso del Hijo de Dios desde el seno del Padre a este mundo. Está entre nosotros en la tierra. Los hombres de mentes ardientes ya no necesitan más cansarse en perseguir lo que se imaginan como bienes principales; no tienen que preguntarse más ni encontrar peligro al buscar esa bienaventuranza desconocida a la que aspiran naturalmente sus corazones, como hicieron en

los tiempos paganos. El texto les habla a ellos y a todos diciendo: “os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor”.

Tampoco necesitamos ir en busca de ninguna de esas cosas que este mundo vano llama grandes y nobles. Cristo deshonró totalmente lo que el mundo estima cuando tomó sobre Sí un rango y posición social que el mundo desprecia. Ninguna porción podría ser más humilde y ordinaria que la que la eligió para Sí el Hijo de Dios.

Por eso tenemos estas dos enseñanzas en la Fiesta de la Navidad: en vez de ansiedad interior y abatimiento exterior, en vez de una fatigosa búsqueda de cosas grandes, estar alegres y gozosos, y estarlo en medio de aquellas circunstancias oscuras y ordinarias de la vida que el mundo pasa por alto y ridiculiza.

Consideremos esto con más detenimiento, como está contenido en la afable narración de la cual es parte el texto.

1. ¿Qué leemos justo antes del texto? Que había unos pastores guardando su rebaño durante la noche, y los Ángeles se les aparecieron. ¿Por qué se les aparecerían las multitudes celestiales a esos pastores? ¿Qué había en ellos que atrajo la atención de los Ángeles y al Señor de los Ángeles? ¿Eran estos pastores ilustrados, distinguidos o poderosos? ¿Eran especialmente conocidos por su piedad y dones? Nada se nos dice que nos haga pensar eso. Que tenían fe, al menos algunos de ellos, podemos decirlo con seguridad, pues a aquel que tiene se le dará más, pero no hay nada

que muestre que eran más santos o más ilustrados que otros hombres buenos de su tiempo, que esperaban la consolación de Israel. Más aún, no hay razón para suponer que eran mejores que el común de los hombres en su misma circunstancia, simples, temerosos de Dios, pero sin grandes adelantos en la piedad o hábitos de religión. ¿Por qué fueron elegidos entonces? En razón de su pobreza y oscuridad. Dios Omnipotente mira con una suerte de amor especial o (podríamos llamarlo) afecto, a los humildes. Quizás sucede que el hombre, una creatura caída, dependiente y destituida, está más en su lugar propio cuando se halla en circunstancias humildes, y que el poder y las riquezas, aunque inevitablemente en el caso de algunos, son en cuanto tales añadiduras anormales. Así como existen oficios y profesiones impropias pero indispensables, y mientras nos aprovechamos de ellas y honramos a los que se ocupan de ellas, nos sentimos contentos de que no sean nuestras, y así como somos agradecidos y respetuosos hacia la profesión de un soldado aunque no tengamos que ver con ella, así también a los ojos de Dios la grandeza es menos aceptable que la oscuridad. Nos sienta menos.

Los pastores, pues, fueron elegidos por su humildad para ser los primeros en oír sobre la natividad del Señor, un secreto que no conoció ninguno de los príncipes de este mundo.

¿Y qué contraste se nos presenta cuando consideramos quiénes fueron los mensajeros de nuestro Señor! Los Ángeles que sobresalen por su fuerza cumplieron Su mandato hacia los pastores. Aquí se unen lo más alto y lo más bajo de las creaturas racionales de Dios. Un grupo de pobres hombres, ocupados en una vida de trabajos, expuestos en esa época al frío y la oscuridad de la noche, vigilando sus rebaños, con la mirada puesta en espantar las bestias de rapiña o los ladrones, ellos, cuando estaban pensando sólo en cosas de la tierra, contando sus ovejas, manteniendo sus perros a su lado, y escuchando los ruidos en la llanura, considerando el clima y esperando el amanecer, de repente se encuentran con otros visitantes bien distintos de los que pudieran concebir. Conocemos el pensamiento contraído, los objetos insignificantes y comunes, dos o tres objetos quizá que van y vienen sin varia-

ción, que ocupan las mentes de hombres expuestos a semejante vida de calor, frío y humedad, de hambre y desnudez, penas y servidumbre. Dejan de interesarse mucho por cualquier cosa, y continúan de modo mecánico, sin corazón, y más aún, sin reflexión.

A hombres en estas circunstancias se apareció el Ángel, para abrir sus mentes, y enseñarles a no estar abatidos y en cautiverio por estar en lo bajo del mundo. Apareció como para mostrarles que Dios había elegido los pobres de este mundo para ser herederos de Su reino, y honrar de este modo su herencia. “No temáis”, les dijo, “pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor”.

2. Y, como ya dije, podemos obtener una segunda enseñanza de esta Fiesta. El Ángel honró a un grupo humilde con su misma aparición a los pastores, y luego le enseñó a estar alegres con su mensaje. Reveló buenas noticias tan por encima de este mundo como para igualar los de arriba y los de abajo, los ricos y los pobres, unos y otros. Dijo “no temáis”. Es este un modo de dirigirse frecuente en la Escritura, como habréis observado, como si el hombre necesitara una seguridad semejante que lo soporte, especialmente en la presencia de Dios. El Ángel dijo “no temáis” cuando vio la alarma que causaba su presencia entre los pastores. Incluso una maravilla menor los hubiera asustado con toda razón. Por eso el Ángel dijo “no temáis”. Somos naturalmente miedosos de cualquier mensajero del otro mundo, pues tenemos una conciencia intranquila cuando nos dejan solos y pensamos que su llegada presagia el mal. Además, nos damos tan poca cuenta del mundo invisible que, si se presentara un Ángel o espíritu ante nosotros, nos asustaríamos a causa de nuestra falta de fe, pues se trata de una verdad que nunca hemos captado antes. De modo que, por una razón u otra, los pastores tenían tanto miedo cuando la gloria del Señor brilló a su alrededor. Y el Ángel dijo “no temáis”. Un poco de religión nos hace temer; cuando una pequeña luz se derrama en la conciencia, hay una oscuridad visible, nada más que visiones de aflicción y terror; la gloria de Dios alarma mientras brilla en derre-

dor. Su santidad, el nivel y las dificultades de Sus mandamientos, la grandeza de Su poder, la fidelidad de Su palabra, asustan al pecador, y al verlo temeroso los hombres piensan que la religión lo ha hecho así, cuando en realidad él no es todavía religioso del todo. Lo llaman religioso pero sólo se trata de una conciencia golpeada. La religión en sí, lejos de inculcar alarma y terror, dice, en palabras del Ángel, “no temáis”, pues tal es la misericordia de Dios Todopoderoso mientras derrama sobre nosotros Su gloria, una gloria consoladora, pues es la luz de Su gloria en el rostro de Jesucristo (2 Cor 4,6). Por eso el heraldo celestial atemperó el brillo demasiado deslumbrador del Evangelio en aquella primera Navidad. La gloria de Dios alarmó al principio a los pastores, de modo que él agregó las noticias buenas para producir en ellos una disposición más saludable y feliz. Entonces se alegraron.

“No temías” dijo el Ángel, “pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor”. Y entonces, cuando terminó su anuncio, “de pronto se juntó con el Ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: ‘Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor’”. Esas fueron las palabras que los bienaventurados Espíritus que sirven a Cristo y a Sus Santos dijeron en esa noche buena a los pastores, para despertarlos del frío y del mal humor del hambre a la gran alegría, para enseñarles que eran objeto del amor de Dios tanto como los hombres más grandes de la tierra. Más que eso, pues les transmitió primero a ellos las nuevas de lo que estaba ocurriendo esa noche. Su Hijo estaba naciendo en el mundo. Tales cosas se cuentan a los amigos y a los íntimos, a los que amamos, a los que simpatizan con nosotros, no a los extraños. ¿Pudo Dios Omnipotente ser más bondadoso y mostrar Su favor de modo más impresionante hacia los humildes sin amigos que apresurándose (si puedo hablar así) a confiar el gran secreto gozoso a los pastores que vigilaban su rebaño por la noche?

Después el Ángel dejó la primera enseñanza sobre humildad y alegría unidas, pero infinitamente mayor fue la que estaba detrás del hecho

mismo que refirió a los pastores en aquel nacimiento del Santo Niño Jesús. Lo dijo con estas palabras: “encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Sin duda, cuando escucharon que el Cristo Señor había nacido en el mundo tratarían de buscarlo en los palacios de los reyes. No eran capaces de imaginar que Él iba a ser uno de ellos, o que ellos podrían acercársele. Por eso el Ángel les advirtió dónde encontrarlo, no solamente como un signo sino también como una enseñanza.

“Los pastores se dijeron unos a otros: ‘¡Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado!’”. Vayamos también con ellos a contemplar ese segundo y mayor milagro hacia el cual los dirige el Ángel, la Navidad de Cristo. San Lucas dice de la Virgen Santísima, que “dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre”. Qué magnífico signo es este para todo el mundo, y por ello el Ángel lo repitió a los pastores: “encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. El Dios del cielo y de la tierra, el Verbo Divino que había estado en la gloria con el Padre Eterno desde el principio, había nacido ahora en este mundo de pecado como un pequeño infante. Yacía en ese momento en los brazos de Su madre, indefenso e impotente en apariencia, arropado por María con los pañales de un niño y recostado durmiendo en un pesebre. El Hijo del Dios Altísimo, que creó los mundos, se hizo carne, pero permaneciendo lo que era antes. Se hizo carne tan verdaderamente como si hubiera dejado de ser lo que era y se hubiera transformado en carne. Se sometió a ser el descendiente de María, a ser tomado en manos de un mortal, a tener los ojos de una madre fijos en Él, y a ser cuidado en el seno de una madre. Una hija del hombre vino a ser la Madre de Dios. Para ella, ciertamente, un don inexpresable de la gracia, pero ¡qué condescendencia la de Él! ¡Qué vaciamiento de Su gloria hacerse hombre!, y no sólo un indefenso infante, que ya era una humillación suficiente, sino heredar todas las debilidades e imperfecciones de nuestra naturaleza que eran posibles en un alma sin pecado. ¿Cuáles habrán sido sus pensamientos, si podemos arriesgar semejante lenguaje o admitir una reflexión tal respecto al

que es Infinito, cuando los sentimientos humanos, los dolores humanos y los deseos humanos, se hicieron Suyos? ¡Qué misterio hay desde principio a fin en el Hijo de Dios hecho hombre! Pero en proporción al misterio está la gracia y la misericordia del mismo, y tal como es la gracia así es la grandeza de su fruto.

Contemplemos fijamente el misterio y digamos que ninguna consecuencia que se siga de tan maravillosa dispensación puede ser demasiado grande, ningún misterio tan grande, ninguna gracia tan sobrecogedora, como la que está ya manifestada en la encarnación y muerte del Hijo Eterno. Si se nos dijera que el efecto de ello es hacernos como serafines, que ascenderemos tan alto como El descendió tan bajo, ¿nos asustaría después de las nuevas del Ángel a los pastores? Y esto es, ciertamente, el efecto, tanto como tales palabras pueden pronunciarse sin impiedad. Permanecemos hombres pero no hombres y nada más, sino dotados en parte de todas esas perfecciones que Cristo posee en plenitud, participando cada uno en su propia medida de Su naturaleza divina tan plenamente, que la única razón (por así decir) de que Sus santos no sean realmente como El es que es imposible, porque El es el Creador y ellos Sus criaturas. Y aún así, son todo menos divinos, todo lo que pueden ser sin violar la incomunicable majestad del Altísimo. En proporción a Su gloria está Su poder de glorificar, de modo que decir que por El seremos hechos *todo menos* dioses, quiere decir en verdad que estamos infinitamente por debajo del adorable Creador, pero también quiere decir, verdaderamente, que estaremos más alto que cualquier otro ser en el mundo, más alto que los Ángeles y Arcángeles, Querubines y Serafines, esto es, no aquí, o por nosotros mismos, sino en el cielo y en Cristo. Cristo, es ya el primer fruto de nuestra raza, Dios y hombre, habiendo ascendido sobre todas las creaturas, y nosotros por Su gracia tendemos a la misma bienaventuranza, con la prenda de Su gloria que se nos da aquí, y (si somos hallados fieles) con la plenitud de la misma en la eternidad.

Si todas estas cosas son así, la lección de alegría que nos da la Encarnación es tan impresionante como la de humildad. San Pablo nos enseña en su carta a los Filipenses: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo haciéndose semejante a los hombres” (2,5-7). Y San Pedro nos enseña sobre la alegría: “Jesucristo, a quien amáis sin haber visto, en quien creéis aunque de momento no le veis, rebosando de alegría inefable y gloriosa, y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas” (1 Pe 1, 8-98).

Hermanos, llevad estos pensamientos con vosotros a vuestros hogares en esta día de fiesta, que estén con vosotros en vuestra familia y en las reuniones sociales. Es un día de alegría: es bueno estar alegres, y es malo estar de otro modo. Porque un día se nos sacará el peso de nuestras conciencias sucias, y gozaremos en las perfecciones de nuestros Salvador Cristo, sin pensar en nosotros mismos, sin pensar en nuestra miserable impureza, sino contemplando Su gloria, Su justicia, Su pureza, Su majestad, su amor desbordante. Podremos alegrarnos en el Señor y verlo a El en todas Sus creaturas. Podremos alegrarnos de Su temporal munificencia, y compartir las cosas placenteras de la tierra con El en nuestros pensamientos. Podremos alegrarnos en nuestros amigos por causa Suya, amarlos aún más especialmente porque El los ha amado.

“Dios no nos ha destinado a la ira, sino para obtener la salvación a través de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, para que despiertos o dormidos, vivamos juntos con El”. Busquemos la gracia de un corazón alegre, templado, dulce, gentil y luminoso, mientras caminamos en Su luz y por Su gracia. Pidámosle que nos de un espíritu de amor siempre abundante y desbordante, que supere y elimine las vejaciones de la vida con su propia riqueza y fuerza, y por encima de todo nos una a El, que es la fuente y el centro de toda misericordia, bondad amorosa y alegría. ●—

XIIIº ENCUENTRO NEWMANIANO

“Newman y el camino de la santidad”

Presentación a cargo de Mons.Fernando María Cavaller

Agradezco a la Universidad Católica Argentina, en la persona del Sr. Rector Mons. Alfredo Zecca, que quiso dar un marco institucional a este Encuentro, y al Instituto de Cultura y Extensión Universitaria a cargo del Dr. Joaquín Migliore. Me alegra profundamente que podamos realizar este XIIIº Encuentro Newmaniano en el ámbito de esta casa de estudios, que también es la mía. Agradezco la presencia de Mons. Antonio Marino, Obispo Auxiliar de La Plata, de los sacerdotes, y de todos los demás amigos de Newman que han venido hoy. Gracias también a quienes han aceptado integrar el panel.

La Asociación Amigos de Newman, que el 27 de septiembre pasado ha cumplido 19 años, fue fundada en 1990 con ocasión del Centenario de la muerte del cardenal Newman, con la presencia del entonces Arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Antonio Quarracino, otros obispos, sacerdotes, y numerosos laicos.

La figura de John Henry Newman, destacada ya durante su vida terrena, se difundió por todo el orbe cristiano de modo notable inmediatamente a su muerte en 1890, hasta constituir un referente infaltable en la gran teología del siglo XX, en la espiritualidad cristiana, y en el mismo Magisterio de la Iglesia. Y aquí estamos hoy nosotros, como testimonio vivo de esa influencia que permanece, a 119 años de su muerte y 164 años de su conversión al catolicismo, el 9 de octubre de 1845. Y estamos reunidos en vísperas de un hecho notable con el que la Iglesia pondrá su sello definitivo sobre la vida de ese hijo suyo: será beatificado. Aunque no sabemos aún la fecha de ese gran acontecimiento, realizamos este Encuentro en torno a la vida y el pensamiento de Newman como una preparación a ese día tan esperado y por el que tanto hemos rezado durante años. Esperamos poder encontrarnos nuevamente el año próximo, después de la beatificación, para dar gracias y recoger los frutos de ese hecho tan importante para la Iglesia universal.

Este XIIIº ENCUENTRO NEWMANIANO, que ha comenzado con la Misa de acción de gracias que acabamos de celebrar, continúa con las exposiciones a cargo de los que integramos este panel.

Me complace enormemente que el padre Robert Murphy esté hoy con nosotros. Su presencia en la Nunciatura fue una sorpresa tan agradable para mí, que pensé realmente que era un don de Dios a través de Newman tener aquí un sacerdote inglés, nacido y crecido en Birmingham, ordenado allí mismo, que ama al cardenal Newman, y que está en la Nunciatura, que es la casa del Papa en la Argentina. Todo parece tan providencial, que no puedo dejar de expresarlo. Es un honor para nosotros su presencia en este Encuentro, que agradezco de todo corazón.

El Encuentro comenzó con la exposición del **Pbro. Dr. Robert Murphy**¹, que nos dejó un magnífico testimonio como sacerdote católico inglés. Hizo referencia a la vida de Newman y a su inserción en la diócesis de Birmingham después de su conversión, detallando la historia de esta diócesis y de la presencia católica en la misma. Esta reflexión fue incluida en el marco más amplio de la vida católica en Inglaterra, antes y después de Newman. También se hizo referencia al anglicanismo y a la relación entre la Iglesia anglicana y la Iglesia de Roma.

1 El Padre Robert Murphy nació en Birmingham, Inglaterra, y fue ordenado sacerdote en esa diócesis. Doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma. Enviado primero a la Nunciatura en Colombia, es desde el año pasado Secretario de la Nunciatura en la Argentina.



De izquierda a derecha: Dr. Jorge Ferro, Pbro. Dr. Robert Murphy, secretario de la Nunciatura Apostólica (en la foto, durante su exposición), Mons. Dr. Fernando María Cavaller, Dra. Inés F. de Cassagne y el Pbro. Ricardo Mauti,



Parte del público asistente

Los santos en la poesía de Newman

DR. JORGE FERRO*

Bien se ha observado que, en un humanista completo como lo era Newman, no podía estar ausente la poesía. A propósito de esto podemos considerar sucintamente dos cuestiones:

1) Newman fue fundamental para la conformación del humus en el que se alimentó la poesía inglesa posterior, principalmente (aunque no sólo) la católica, porque la poesía se da en un clima cultural, y en este campo él resultó decisivo. Pero lo que más nos interesa ahora observar es que:

2) La poesía –al igual que la ficción– permite la expresión más íntima y profunda. Menos discursiva y racional que la prosa, con mayor densidad, más próxima al lenguaje esencial, primordial, al ‘corazón’ –en el sentido tradicional del término–. Expresa lo que ‘no se puede decir de otro modo’, encarnando el contenido en el ritmo y la musicalidad del verso.

Newman descubre que los poetas no son sino aquellos que tienen derecho a hablar como portavoces de sus semejantes, en cuyas palabras sus hermanos encuentran una interpretación de sus propios sentimientos, un memorial para su propia experiencia y una sugestión para su propio juicio. “Para los cristianos, la visión poética de

las cosas es un deber”. Y dice asimismo: “En todos los idiomas, el ropaje métrico ha resultado apropiado para la poesía: no es sino el despliegue externo de la música y armonía internas. Para el verdadero poeta, lejos de ser una restricción, es el adecuado índice de su sensibilidad, adoptado por libre y deliberada elección”.

Sostiene el Padre Louis Bouyer que ... “la poesía implica una misteriosa unidad de toda la realidad creada, en la cual el mundo material implica el mundo espiritual, y el mundo espiritual es como la palabra de Dios objetivada. [...] Para Newman, el mundo visible en sí mismo evoca el invisible. [...] En tal perspectiva, los sacramentos cristianos aparecen como la promesa y el esbozo [de la última transfiguración].”

Conforme con esto, vemos que Newman es por cierto poeta también en su prosa. Pero en sus versos, más libremente, se entretienen sus temas ‘cordiales’, entre otros los ángeles, los amigos, la muerte, el ocaso de la historia. Y junto con ellos aparecen, una y otra vez, los santos. Algunas poesías los consideran de un modo central: así por ejemplo “San Pablo en Malta”, “Santiago y Juan”, “Los Padres Griegos”. Aun aquellos “santos paganos”, al decir del cardenal Danielou, asoman en sus versos, tal como podemos ver en el final de su

* **Jorge Ferro**, Doctor en Letras por la Universidad Católica Argentina. Actual Profesor en nuestra Universidad. Investigador del CONICET. Miembro desde su origen de la Asociación Amigos de Newman, participando en estos Encuentros, y colaborando en la revista Newmaniana, especialmente en traducciones de las poesías de Newman.

XIII ENCUENTRO NEWMANIANO



San Felipe Neri

breve poema “La señal de la Cruz”, donde luego de evocar el espanto que tal signo provoca en los espíritus malignos, concluye de este modo:

*Mientras lejos, en tierra de paganos,
Un santo solitario
Saluda el aura nueva,
Aunque no puede conocer su fuente.*

El tema de la muerte, siempre en nuestro autor apuntando a la resurrección, se entrelaza con los santos que aguardan, y cuyas tumbas son mercedoras de reverencia, como podemos ver en

Los restos de los santos

El no es un Dios de muertos, sino de vivientes; pues todos viven en El.

*“Los padres yacen en el polvo, pero viven en Dios”.
Así la Verdad dice. Como si la arcilla inerte*

*guardara aún la simiente de vida bajo la hierba,
latente y en espera tensa del día del juicio.*

Aprendamos por tanto a apreciar reverentes estas moradas frágiles que la tumba aprisiona.

Podrá algún sofista acosarnos con argucias y tenerlas por tierra. Son santuarios del cielo.

En la poesía del Newman que encuentra en el Oratorio el ámbito congenial para su plena inserción en el catolicismo, no podía faltar San Felipe Neri:

San Felipe en su Dios

*Felipe, sobre tu súplica
descendió del cielo el rayo ardiente
para fundir tu corazón quemando
toda la escoria terrenal que hubiera.*

*Tu alma se volvió el cristal más puro,
y pudo traslucirse, iluminante,
el Esplendor Encarnado
en majestad sin sombras.*

*Y así, cuando miramos a Felipe
vemos la imagen de su Señor;
el santo se confunde con la llama
que circunda la Palabra Viva.*

*Aquí no hay otro sino el Manso, el Sabio,
derramando su luz para los hombres;
llena el oído su terrible acento,
quemante como el fuego, y suave como nieve.*

*El toma y escudriña al pecador
y sopesa uno por uno a sus alumnos,
midiendo lo que pueden soportar
antes de otorgar la penitencia.*

*Jesús, revela a los hijos de Felipe
ese suave saber que hay en lo alto,
para volcar compasión sobre su celo
y entretejer paciencia con su amor.*

Finalmente, elegimos como cifra de este motivo en sus versos el siguiente poema:

Los escondidos

*Ocultos están los santos de Dios;
No hay alto signo angélico que los atestigüe;
Ni vestes delicadas, ni imperiales
Cetros de oro que los señalen
Como ministros divinos.
No es suyo sino el aire sin dueño,
La hierba de la tierra madre,
Y el benévolo sonreír del sol;
Cristo erige su trono en el corazón secreto,
Lejos del mundo arrogante.*

*Ellos resplandecen en medio de la noche;
Nieblas heladas se arrastran enturbiando
El rayo del cielo;
La fama celebra el tiempo, la vieja historia
Amaña su luz remedando el día
En vano.
El aspecto grave, la voz fuerte y el poder
De la razón forjando su consabida senda.
Ciegos personajes! No nos ayudan a
encontrar a Cristo
Y a su estirpe principesca.*

*Sin embargo, no están del todo ocultos
Para aquellos que procuran ver;
Bajo su empañado aparecer de tierra
Sin saberlo hacen brillar destellos
Que revelan su origen forjado en el cielo.
Mansedumbre, amor, paciencia, la serena
Confianza de la fe, y el alumbrado*

*Gozo del alma que dispone
La danza remansada
Del corazón que prueba su poder sobre sí
mismo
En la hora del orgullo.*

*Estos son los pocos escogidos,
El fruto remanente de la gracia
Esparcida con largueza.
Dios siembra en el desierto
Para cosechar a quienes conociera
Entre la fría raza de los hombres;
Sabido de perversas voluntades
En su claro ver de tiempo
Y espacio sin fronteras
Espera, con la pobre respuesta a los tesoros
Regalados, llenar los tronos en el cielo.*

*¡Señor! ¿Quién puede sino Tú desentrañar
La contienda oscura entre el hechizo
Del pecado que esclaviza el alma
Y tu Espíritu afilado, que se apaga y que
revive?
¿O quién puede decir
Por qué el sello del perdón se fija
Seguro en la frente de David,
Por qué cayeron Dimas y Saúl?
Oh, para que nuestros corazones frágiles
No se quiebren al templarse,
Socórrenos por tu misericordia!*

Viva y sentida devoción a los santos, pues.
Entre cuyo número confiamos en que pronto lo
contaremos a él. ●—

La santidad en el pensamiento y en la vida de Newman

MONS. DR. FERNANDO MARÍA CAVALLER*

Es lugar común de los estudiosos de Newman decir que no se puede separar su teología de su vida, y esta convicción se impone con mayor fuerza cuando se trata de la santidad.

1. Su vocación a la santidad nos consta desde aquella conversión a los 15 años, que ha dejado registrada en la *Apologia pro vita sua*, y que contiene ya muchos de los elementos que se desarrollarán luego en su larga vida. De uno de los autores que leyó en aquel verano de 1816 hizo suya esta consigna: *La santidad antes que la paz*¹. Expresaba la meta a la que él aspiraba, y, a la vez, que la buscaría a costa de lo que fuera. Sintetizaba una decisión llena de valor por la cual estaba dispuesto a luchar y a sufrir. Había comenzado un itinerario que no abandonaría nunca más.

2. En efecto, había sido un encuentro del joven Newman con Dios. Se trataba del Dios vivo y

personal de la Revelación, del Dios bíblico, Creador y Redentor. *Desde mi niñez yo había entendido con especial claridad que mi Creador y yo, su criatura, éramos los dos seres cuya existencia se impone arrolladoramente, como la luz en la naturaleza de las cosas... un cara a cara, “solus cum solo”, entre el hombre y su Dios. Sólo Él crea, sólo Él redime, ante su mirada imponente iremos a la muerte, en Presencia Suya discurrirá nuestra felicidad eterna..*² La famosa frase de San Agustín, “nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”, tendría su equivalente newmaniano: *Sólo es suficiente para el corazón Aquel que lo creó*, dirá en un sermón, donde agrega: *La vida pasa, las riquezas se van, la popularidad es inconstante, los sentidos decaen, el mundo cambia, los amigos mueren. Sólo Uno es constante; sólo Uno es veraz con nosotros; sólo Uno puede ser verdadero; sólo Uno puede ser todas las cosas para nosotros; sólo Uno puede proveer a nuestras necesidades; sólo Uno puede llevarnos hacia nuestra propia perfección total;*

* **Mons. Fernando María Cavaller**, de la diócesis de San Isidro, Licenciado en Teología por la Universidad Católica Argentina y Doctor en Teología por la Universidad de Navarra, con una tesis sobre la Eucaristía en Newman. Fundador en 1990 de la Asociación de Amigos de Newman en la Argentina, la cual preside, y de la revista Newmaniana. Autor de libros y artículos sobre Newman, traductor de varios de sus escritos, y organizador de estos Encuentros Newmanianos. Participó en varios Congresos sobre Newman en Oxford. Fue Capellán del Colegio Cardenal Newman, párroco, miembro del Consudec, Asesor diocesano de Acción Católica, Rector del Seminario Mayor de la Arquidiócesis de La Plata, Profesor de teología en los Seminarios de San Isidro y La Plata, y en nuestra Universidad hasta el presente.



sólo Uno puede dar un significado a nuestra naturaleza compleja e intrincada; sólo Uno puede darnos el tono y la armonía; sólo Uno puede formarnos y poseernos. Y termina así: *¿Estamos dispuestos a ponernos bajo Su guía? Esta es ciertamente la única pregunta...*³ La respuesta afirmativa de Newman a esta pregunta fue la clave de su vida: desde aquella conversión juvenil vivió el camino de santidad como una entrega en manos de la Providencia. Se dejó guiar por Dios. Lo dirá explícitamente en su famosa poesía *Lead Kindly Light*, Guíame Luz bondadosa, en referencia a la columna de luz que guiaba a Moisés en el éxodo.

3. Este encuentro personal con Dios, por quien se deja llevar, nos permite descubrir que la santidad no era para Newman una cualidad abstracta. Él mismo dice que tuvo desde joven una *preferencia de lo personal sobre lo abstracto*⁴. En sus escritos encontramos a menudo la distinción entre lo real y lo nocional, y su rechazo por lo que llamaba *Palabras irreales*, título de uno de sus sermones. Por esto, la santidad no era una idea, ni siquiera ‘algo’ real sino ‘alguien’ personal: era Dios mismo, la realidad santa de Dios. Se supo llamado por el Dios Santo a ser santo. Y esta vocación sería siempre motivo de asombro en el alma humilde de Newman. Siendo ya sa-

cerdote católico, dirá en una de sus meditaciones: *Dios mío, te adoro, santo por fuera y desde dentro, tan santo en todas Tus obras como en Tu propia naturaleza. Ninguna creatura puede aproximarse a Tu incommunicable santidad, pero Tú te aproximas... ¿Qué abismo hay entre Tú y yo, Creador mío, no solo por la naturaleza sino por el querer! Tu voluntad es siempre santa. ¿Cómo haré para parecerme a Ti, Señor? ¿Qué tengo que ver contigo? Y sin embargo debo asemejarme a Ti.*⁵ Esta inquietud por alcanzar esta “semejanza” con el Dios Santo primaba sobre la paz en el sentido de no estar tranquilo o conforme con su estado. Por eso, recién ordenado sacerdote anglicano escribe en su diario: *Aquellos que hacen del consuelo el gran asunto de su predicación parecen equivocar la finalidad de su ministerio. La santidad es el gran fin. Debe haber lucha y prueba aquí abajo. El consuelo es un cordial, pero nadie bebe cordiales de la mañana a la noche.*⁶

4. Y la santidad es el gran fin porque Dios mismo así lo ha revelado. Su primer sermón como párroco de Santa María de Oxford, la iglesia de la Universidad, que él mismo coloca al principio de la edición en ocho volúmenes de los *Sermones parroquiales*, lleva por título *La santidad: necesaria para la futura bienaventuranza*⁷, como si fuera el anticipo y el programa de todas sus predicaciones futuras, un llamado urgente a la conversión. Quiere expresar que la santidad no es algo añadido o impuesto arbitrariamente, sino que hay identidad entre ser salvados, ser felices y ser santos. Dice así: *La vida eterna es “el don de Dios”. Sin duda, Él puede prescribir los términos en que la va a dar, y si ha determinado que la santidad sea el modo de vida, eso basta.* Y para que se entienda hace una consideración, de esas que parecen únicas, originalmente suyas, impactantes para quienes las escuchaban en la iglesia Santa María de Oxford, y también hoy para quienes las leemos con atención: *Aún suponiendo que un hombre de vida no santa pudiera entrar al cielo, no sería feliz allí; por lo cual no*

sería misericordioso permitirle que entre...Se vería a sí mismo como un ser aislado y apartado por el Poder Supremo de aquellos objetos que aún se entrelazan alrededor de su corazón. Y no sólo eso. Estaría en la presencia de ese Supremo Poder, a quien invariablemente nunca trajo a su pensamiento cuando estaba en la tierra, a quien ahora consideraría sólo como el destructor de todo lo que era precioso y querido para él. ¡Ah!, no podría soportar el rostro del Dios Viviente. El Dios Santo no sería objeto de gozo para él. “¡Déjanos solos! ¿qué tenemos que ver contigo?” (Lc 4,34), es el único pensamiento y deseo de las almas impuras, aún cuando reconocen Su Majestad. Nadie más que el santo puede mirar al Santo. Sin santidad ningún hombre puede soportar ver al Señor... ¡Cuán desamparado vagaría a través de las cortes celestiales! No encontraría a nadie como él; vería en todas direcciones las señales de la santidad de Dios y esto lo haría estremecer. Se sentiría siempre en Su presencia. No podría cambiar más sus pensamientos en otro sentido, como hace ahora, cuando la conciencia le reprocha. Sabría que el Ojo Eterno está siempre sobre él, y ese Ojo de santidad, que es gozo y vida para las creaturas santas, le parecería un Ojo de ira y castigo. Dios no puede cambiar Su naturaleza. Santo es por siempre, y mientras es Santo, ninguna alma no santa puede ser feliz en el cielo. El fuego no inflama el hierro, pero sí la paja. Dejaría de ser fuego si no lo hiciera. Y así, el cielo mismo sería fuego para aquellos que escaparan contentos de los tormentos del infierno, a través del gran abismo. El dedo de Lázaro no haría otra cosa que aumentar su sed.

Por esto mismo, la santidad no es un asunto secundario, que se obtiene a bajo costo. No se puede dilatar hasta el último momento. Cuanto más frecuentes sean nuestras oraciones, cuanto más humildes, pacientes y religiosos nuestros actos, ésta comunión con Dios, éstas obras santas serán los medios de hacer santos nuestros corazones y prepararnos para la futura presencia de Dios... Obtener el regalo de la santidad es el

trabajo de toda una vida. ...De aquí que, quienes postergan el día del arrepentimiento están reservando para unos pocos años de oportunidad, cuando la fuerza y el vigor se hayan ido ya, ese trabajo para el cual toda una vida entera no sería suficiente..

5. Podría objetarse que esta santidad está más allá de nuestras posibilidades. Newman contesta: *no estamos abandonados a nosotros mismos, sino que el Espíritu Santo está bondadosamente presente con nosotros, y nos capacita para triunfar y para cambiar nuestras mentes. Es un consuelo y un estímulo, a la vez que algo ansioso y temible, saber que Dios trabaja en y a través nuestro.* Está citando San Pablo: “es Dios quien obra en nosotros el querer y el obrar” (Fil 2, 12.18). Es decir: el Espíritu Santo es quien santifica con su inhabitación en el alma del creyente. Dice en otro sermón: *Dios es santo y su ley es santa. Su ley es la imagen de Sí mismo, es la Palabra de Vida y de Verdad, que manda aquello de lo cual El es perfecto modelo. “Sed santos porque Yo soy santo”. Dios ama la santidad... Creó al hombre “a su imagen y semejanza”... puso su Espíritu en él y estableció la ley en su corazón, de manera que lo que El es en su infinita naturaleza así fuera el hombre....Pero ...fue de otro modo cuando hubo caído. Entonces perdió la presencia del Espíritu Santo, y nunca más cumplió la ley..Y por eso dirá el salmo, “Enséñame a cumplir tu voluntad, porque Tú eres mi Dios; tu Espíritu que es bueno me guíe por una tierra llana”. Y lo que el salmista pide, los profetas lo prometen...”Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré”.* Y esta promesa, dice Newman, *está realizada plenamente en nosotros en el Evangelio a través del Espíritu.. La Escritura prueba que por el don de la gracia somos justos [santos],y que nuestras obras, hechas en el Espíritu de Cristo, tienen un principio justificante [santificante] que es la presencia del Espíritu Santísimo.*⁸

6. El Espíritu Santo es el *Espíritu de Cristo*, que obra en nosotros la configuración con

Cristo. Por influencia de los Santos Padres, especialmente los griegos alejandrinos de los siglos IV y V, Newman consideraba la Encarnación como principio de salvación y de divinización, como dice San Cirilo: “El Hijo único de hizo hombre...a fin de que nuestra naturaleza fuese santificada”. Pero, también como ellos, no separó la Encarnación de la muerte y Resurrección, y tampoco la Resurrección de la Ascensión. *Es la enseñanza general de los Padres de acuerdo con Atanasio, que nuestro Señor no se hubiera encarnado de no haber pecado el hombre...Hay dos razones, pues, para la encarnación, la expiación del pecado y la renovación en santidad, y están ordinariamente asociadas la una a la otra por Atanasio...Y san León habla del camino completo de la redención, esto es, encarnación, expiación, regeneración, justificación, como un solo sacramento, sin trazar una línea que distinga entre los varios agentes, elementos, o etapas en ella, sino considerando que reside en la intercomunidad de la persona de Cristo y las nuestras*⁹. Y dice de la Ascensión: *No debemos suponer que al dejarnos cerró la economía de gracia de su Encarnación...“El Solo Santo de Dios” murió por nosotros, pero también fue el comienzo de una nueva creación para la santidad en nuestra estirpe pecadora: remodelar alma y cuerpo a su semejanza, para que pudieran ser “elevados juntos y sentados en los cielos, en Cristo Jesús”*.

¹⁰ Newman considera con los Padres que nuestra santificación es una *nueva creación*, la obra de Cristo a través de Su Espíritu, una *intercomunidad de la persona de Cristo con nuestras personas*..

7. Pero que esto ocurra eficazmente en nosotros es obra de los sacramentos. Siguiendo también a los Padres, reconoce que los misterios de Cristo, desde la Encarnación hasta la Ascensión han pasado a los sacramentos, según la frase de San León Magno. Aquí hubo un cambio importante desde su conversión juvenil, porque Newman perteneció primero al evangelismo, la Iglesia Baja, que imbuida de principios calvinistas

negaba la regeneración bautismal, es decir que el bautismo santificara eficazmente. La santificación venía más tarde con la conversión personal del adulto, para la cual se usaban como medios *la oración, la lectura de la palabra de Dios, el ayuno y la participación en la Cena del Señor*¹¹. Por eso se propuso comulgar cada quince días, algo inusual por entonces, y ya sacerdote, en sus primeros sermones insistió en la Eucaristía como *medio de santificación*, pero sin la eficacia propia de la presencia real de Cristo, en la que todavía no creía plenamente. Recién a los 25 años abandona el calvinismo al ingresar en la Iglesia Alta, afirmando la regeneración bautismal, y algo más tarde la presencia real eucarística. Sólo después de asimilar la teología patrística puede exclamar: *¡Bendito sea por siempre su santo nombre!, porque antes de irse recordó nuestra necesidad y completó su obra, legándonos un modo especial de acercarnos a El...el santo sacramento de la Eucaristía...No dudemos de que Cristo aún puede darnos la fuerza de su pureza e incorrupción...No le neguemos la gloria de su santidad dadora de vida, esa gracia difusiva que es la renovación de toda nuestra raza... Cristo es el primero de los frutos de la resurrección. Nosotros lo seguimos cada uno en su propio orden al ser santificados por su presencia interior. Y en este sentido, Cristo “está formado en nosotros”, según la frase de la Escritura, es decir, que se nos comunica su nueva naturaleza, que santifica el alma y hace inmortal el cuerpo*¹². En efecto, Cristo ha pasado a los sacramentos, y la Eucaristía nos hace participar de su Encarnación y Resurrección, porque es *presencia real* del Señor y alimento de *inmortalidad*. Más aún, Newman reconoce en la Eucaristía la presencia de Cristo entre su Ascensión y su segunda venida: *es un sostén y un consuelo mientras tanto, juntando el pasado y el futuro, recordándonos que El ha venido una vez y prometiéndonos que vendrá de nuevo*. Por ello nos lleva de modo misterioso a *la presencia de Cristo en el cielo*¹³. Insistió mucho en la espera y la vigilancia, como características propias del cristiano, del alma

XIII ENCUENTRO NEWMANIANO

santa. Hay que *esperar a Cristo*, porque *nunca se ha ido del todo y nunca acaba de venir*.¹⁴ Su camino de santidad fue un camino eucarístico, ya desde el anglicanismo, y después de su conversión al catolicismo, la Misa fue el centro de su vida sacerdotal, descubriendo la presencia real en el sagrario: allí delante pasaría largas horas con el Señor, hasta el fin de su vida.

8. Además, hubo otro elemento unido a aquella vocación juvenil a la santidad. Lo expresa así: *Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido*.¹⁵ Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla, sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo.¹⁶ Aquí dogma significa la Revelación de Dios en lenguaje humano, plenaria en la Encarnación del Verbo eterno del Padre. Por tanto, aquella fue una conversión a la Verdad objetiva revelada por Dios, a Dios como Verdad. Nuevamente, no se trataba de algo abstracto y nocional. La Verdad no era algo sino Alguien, era el Dios personal. Por tanto, Newman adolescente se encontró con el Dios Santo y Verdadero, dos atributos inseparables, y desde entonces buscar la santidad y buscar la verdad fueron una y la misma cosa. Dijo *la santidad antes que la paz*, y podría haber dicho “la verdad antes que la paz”. Y de hecho lo dijo, con otras palabras: *Tal es el curso de las cosas: promovemos la verdad por el sacrificio de nosotros mismos*.¹⁷ En efecto, ese amor a la Verdad lo hizo sufrir, lo hizo santo. Encontramos en sus escritos autobiográficos esta frase de su juventud: *Creo que lo que verdaderamente deseo es la verdad y donde quiera que la encuentre estoy dispuesto a abrazarla*. Se trataba de la “santidad en la verdad”.

9. Ahora bien, si la Verdad es Dios mismo, que al hacerse hombre en Jesucristo dijo de sí mismo

“Yo soy la Verdad”, Newman estaba convencido de que la Verdad se transmite personalmente, en el sentido de encarnar lo predicado, como Cristo. La palabra podía tener su propio peso, pero era la persona del testigo lo que influía en su aceptación. Era el Credo vivido, esto es, la vida santa del que habla del Dios Santo y Verdadero. El santo es, pues, el testigo de la Verdad. Uno de sus Sermones Universitarios lo expresa de modo incomparable: *La Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, de por la argumentación, ni por el poder temporal que la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, siendo a la vez maestros y modelos de la misma... Los hombres se deciden, con pocas dificultades, a mofarse de los principios, a ridiculizar los libros, a reírse del nombre de los buenos; pero no pueden soportar la presencia de éstos. Es la santidad revestida de forma personal la que no pueden abatir, mirándola fijamente cara a cara... La conducta práctica de una persona religiosa es algo que les supera por completo... Será difícil valorar debidamente la fuerza moral que puede adquirir dentro de su círculo, al cabo de los años, un solo individuo ejercitado en la práctica de lo que enseña... El atractivo de la santidad humilde tiene un carácter de irresistible urgencia*. Newman habla con tono profético: *unos pocos cristianos de calidad superior... bastan para llevar adelante la obra silenciosa de Dios... así fueron los apóstoles... Un puñado de personas, dotadas de una gracia sublime, rescatarán el mundo durante los siglos venideros*. Conmueve y anima al decir que debemos sentirnos conformes con la suerte más humilde y más oscura, ...que en ella podemos ser los instrumentos de un bien muy grande, que casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido... que se puede hacer mucho bien desde una responsabilidad inferior dentro de la Iglesia, ...que los grandes benefactores de la humanidad son frecuentemente ignorados. Estos hombres, dice,

*son puestos como el profeta en su atalaya, y encienden sus faros en las cumbres.*¹⁸

10. Newman había crecido desde niño leyendo la Biblia, y conocía muy bien a esos *profetas en su atalaya*. Muchos de sus *sermones* los dedicó a los santos testigos de la Verdad del Antiguo y del Nuevo Testamento: patriarcas, profetas y apóstoles. Y también habló de la multitud de santos a lo largo de la vida de la Iglesia. Dice en un sermón para la Fiesta de Todos los Santos: *juntamos en el breve recuerdo de una hora todas las más selectas acciones, las vidas más santas, los trabajos más nobles, los máspreciados sufrimientos, jamás vistos bajo el sol... Mártires y confesores, obispos y doctores de la Iglesia, devotos ministros y hermanos religiosos, reyes de la tierra y de toda la gente, príncipes y jueces de la tierra, hombres jóvenes y doncellas, viejos y niños, los primeros frutos de todos los rangos, edades y llamados, unidos cada uno en su propio tiempo en el paraíso de Dios. Esta es la bendita compañía que hoy encuentra el peregrino cristiano en las celebraciones de la Iglesia.*¹⁹

Newman vivía con la convicción de estar rodeado por esta *bendita compañía*. Cobraron especial significación los Santos Padres. Escribió semblanzas de los mismos, publicadas con el título *La Iglesia de los Padres* [de próximo aparición]. Allí aparecían figuras como la de San Antonio Abad, San Atanasio, San Basilio, San Gregorio de Nacianzo, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, San Vicente de Lerins, San Martín de Tours...Era un cuadro olvidado de la antigüedad cristiana. *Pretendía introducir en la moderna Iglesia de Inglaterra los sentimientos, ideas y costumbres religiosas de los primeros siglos.*²⁰ Lideró el Movimiento de Oxford, desde 1833 hasta su conversión en 1845, y el recurso a los Padres antiguos buscaba fundamentar la renovación de la Iglesia anglicana con su teología y también con el ejemplo vivo de su santidad, testigos creíbles para una Iglesia decaída. El parecido con lo que hace nuestro Papa Benedicto con las semblanzas de los Padres en

sus audiencias de los miércoles es asombroso. Como Newman en su época, hoy es necesario poner de relieve la santidad a través de ejemplos vivos de todos los tiempos.

Esta misma razón le inspiró otra obra similar: *Se me ocurrió la idea de publicar unas Vidas de los santos ingleses...Me parecía un proyecto útil*²¹...*Poseer la historia del pasado es una compensación por los desórdenes y perplejidades de los últimos tiempos de la Iglesia...En este momento hay particulares motivos para recurrir a los santos de nuestra querida y gloriosa Inglaterra, tan favorecida de Dios como descarriada y desdichada. Este recurso nos servirá para amar mejor a nuestra patria, y amarla por mejores razones que hasta ahora; nos enseñará a vincular su territorio, sus villas y ciudades, sus montes y valles a cosas sagradas*²² Muchos de esos santos ingleses habían sido monjes benedictinos y cistercienses, y Newman apreciaba el monacato como escuela de santidad, haciendo suya esa espiritualidad.

Después de su conversión al catolicismo fue San Felipe Neri su ejemplo y guía más cercano, con su especial sencillez y alegría, y con un amor a la Iglesia apostólica primitiva como Newman había tenido en su vida anglicana. Es notable la elección San Felipe coincide con la época en que Inglaterra acababa de separarse de Roma, era típicamente católico y romano. Pero en la vida de los oratorianos filipinos descubrió la mejor continuidad con su sacerdocio en Oxford. El camino de santidad continuaba sin estridencias y con un desarrollo homogéneo. Tampoco quiso una mera importación de devociones latinas que no creía adecuadas al espíritu inglés.

11. Pero todo esto fue el desarrollo de algo que también estuvo unido a aquella primera conversión juvenil: había leído entonces una Historia de la Iglesia, y encontró allí a los santos. De modo que, desde un principio no vio la santidad en una dimensión puramente individual, sino insertada en la Iglesia. Su camino de "santidad

en la verdad” lo hizo pasar del evangelismo al anglicanismo y de este al catolicismo, en aproximación creciente hasta su inserción definitiva en la verdadera Iglesia de Cristo. Su santidad fue eclesial, como ha sido la de todos los santos. Dice en un sermón *El Espíritu vino para unirnos en Cristo que había muerto y estaba vivo, es decir, para formar la Iglesia...Sus miembros no dependen meramente de lo que es visible...Son miembros del Cuerpo de Cristo...que después de ascender al cielo se convirtió en un principio de vida, en un origen secreto de existencia para todos los que creen, mediante el ministerio de gracia del Espíritu Santo. Este es el vino fructuoso y el rico árbol de olivo en el cual y desde el cual crecen todos los santos...La Comunión de los Santos es un artículo del Credo.*²³

12. Esta concepción de la Iglesia Santa estaba también fundada en la percepción de la realidad del mundo invisible, que Newman tuvo desde muy joven. La convirtió en uno de los fundamentos de toda su teología, el principio sacramental, por el cual toda la realidad visible es signo y vehículo hacia la invisible, más real todavía. Lo aplicaba a todo el mundo creado, pero su centro era Jesucristo, el Verbo encarnado, que unió lo divino y lo humano, el cielo y la tierra, lo eterno y lo temporal. Y esta sacramentalidad era propia también de la Iglesia, en su dimensión visible e invisible. Por ello, es propio de los santos esta doble pertenencia, y contemplar el mundo invisible detrás del visible, la eternidad detrás del tiempo, encontrarse unido con aquellos que habitan en ese mundo definitivo. Así nos dice: *Cincuenta veces más son los santos que están en el mundo invisible, sellados para la inmortalidad, que los que ahora luchan en la tierra para llegar a ella...Entonces, bien puede la Iglesia ser llamada invisible, no sólo en cuanto a su principio vital sino respecto a sus miembros...La Iglesia visible depende sólo de la Iglesia invisible...El mundo invisible, por el secreto poder y misericordia de Dios, irrumpe en este mundo, y la Iglesia visible es precisamente la parte por don-*

*de irrumpe...Por eso, esa multitud de santos está presente en la Iglesia que vemos. Cuando alabamos a Dios en la celebración eucarística, lo hacemos con los ángeles y arcángeles, que son los guardianes, y con los santos, que son los ciudadanos de la Ciudad de Dios...Cuando leemos los salmos usamos ante muchos testigos las mismas palabras que sustentaron a aquellas sucesivas generaciones de testigos de esa santa compañía en su propio tiempo...Cuando rezamos en privado no estamos solos, otros están reunidos con nosotros en el nombre de Cristo aunque no los veamos.*²⁴ Es decir, Newman vivía esa unión con la Ciudad de Dios, con la Iglesia entera, en el espacio, en el tiempo y en la eternidad. La santidad era eclesial y era litúrgica. Litúrgica fue su vida, y litúrgico fue Movimiento de Oxford que lideró. Dice en un sermón: *Las iglesias que hemos heredado no son ciertamente producto de la riqueza ni creaciones del genio humano, sino frutos del martirio...Sus cimientos son muy profundos, se hallan en la predicación de los Apóstoles, en la confesión de los Santos...Solo la Iglesia puede plantar la Iglesia...Solo hombres santos y mortificados, predicadores de la rectitud, y confesores de la verdad, pueden crear una casa para la verdad en cada tierra. Así los templos de Dios son por dentro los monumentos de Sus Santos, y los llamamos por los nombres de estos, mientras que los consagramos a Su gloria...Y exclama al final: ¡Felices quienes, en un tiempo de penas, tienen en cuenta ese vínculo de comunión con los Santos de épocas pasadas y con la Iglesia Universal!...¡Felices quienes, al entrar en esos sagrados recintos, entran con el corazón en la corte del cielo!*²⁵

13. Finalmente, Newman nos habla de las características propias de los santos. Como un eco del poema que comentó el Dr. Ferro, dice en un sermón: *Hay personas que al mundo le parecen iguales, pero que son muy diferentes en sus razones. No hacen gran exhibición, continúan en el mismo camino tranquilo y ordinario de los demás, pero en realidad se están entrenando*

para ser santos en el cielo. Hacen todo lo que pueden para cambiar, para llegar ser semejantes a Dios, para obedecerle, para disciplinarse, para renunciar al mundo. Pero lo hacen en secreto...secretas caridades, secretas oraciones, secreta negaciones de sí, secretas luchas, secretas victorias. Pero este ocultamiento tiene un efecto paradójico: Es muy cierto que un hombre realmente santo, un verdadero santo, aunque parece como cualquier otro hombre, tiene una suerte de poder secreto que atrae a los que son de igual parecer e influencia, a todos lo que tienen algo semejante a él. Otra vez la influencia del testigo de la verdad. Pero al mismo tiempo, el santo incomoda. Cuanto más santo es un hombre, menos comprendido es por los hombres del mundo...Esto es lo que le pasó a nuestro Señor. Era santísimo, pero “la luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron”.²⁶

Hay otras paradojas propias de la santidad. Dice en el sermón *Las armas de los santos*: *Fuerza, número, riqueza, filosofía, elocuencia, astucia, experiencia de vida, conocimiento de la naturaleza humana: son los medios con los que la gente mundana ha conquistado el mundo siempre. Pero en el Reino establecido por Cristo ocurre lo contrario...Lo que antes triunfaba ahora fracasa, y lo que antes fracasaba ahora triunfa. Lo que antes era grande es ahora pequeño, y lo que era pequeño ha devenido grande. La debilidad ha vencido a la fuerza...La muerte ha vencido a la vida, porque en esa muerte se esconde una resurrección más gloriosa...Dios ha escogido lo débil del mundo, para confundir lo fuerte...Sí, así es. Desde que Cristo ha enviado sus dones de lo alto, los Santos entran siempre en posesión del Reino, y lo hacen con las armas de los Santos..Es un rasgo de la Iglesia de Cristo, que los primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros. ¿Llevamos a la práctica en nosotros esta maravillosa disposición divina?... Esta es nuestra regla.. El modo de subir es bajar. Cada paso que damos hacia abajo nos sitúa más arriba en el Reino de los cielos. ¿Deseáis ser*

grandes? Hacedlos pequeños. Hay una misteriosa conexión entre el avance real y la autohumillación....Así lleva a cabo Dios sus impresionantes obras. Sus instrumentos son pobres y despreciados, y el mundo apenas conoce sus nombres, o no los conoce en absoluto...Se diría que lo suyo es fracasar...Pero existe una conexión invisible en el Reino de Dios. Se elevan al caer. Realmente es así, porque ningún abajamiento puede ser mayor que el de nuestro Señor. De modo que cuanto más se abajan, más semejantes se hacen a El; y cuanto más se le asemejen, mayor será su poder con El...Y nos exhorta: En vez de amar la exhibición, situarnos en primera fila, atraer la atención de los demás, avasallar con la palabra, e imponer nuestra voluntad, hemos de contentarnos, en incluso de alegrarnos en ser tenidos en poco, realizar servicios humildes,... ser pacientes ante la calumnia, no discutir, no juzgar, no censurar, a menos que nos lo exija un claro deber...Esta es la venganza del cristiano: devolver bien por mal...Hay mayor satisfacción en derretir el corazón orgulloso y calumniador que en triunfar externamente sobre él, sin someterlo por dentro...Lo mismo ocurre con la pobreza...¿Podemos dudar que la pobreza es, para el Evangelio, mejor que la riqueza?...Y concluye: Nuestro combate no se hace con armas carnales, sino espirituales....Si no abandonamos la paciencia, la mansedumbre, la pureza, la serenidad y la paz, el mundo nada puede hacer contra la Verdad, que es nuestra herencia, la Causa que peleamos, como fue la de todos los santos antes que nosotros.²⁷

La Verdad es la Causa de los santos. En pos de la Verdad, y en el momento más crítico de su vida anglicana, buscó el silencio y la soledad. En Littlemore, una pequeña aldea a unos cinco kilómetros de Oxford, llevaría por cuatro años una vida de oración, penitencia y estudio, imitada por algunos amigos que le siguieron. Sufría la persecución de los que sospechaban y acusaban. El Ensayo sobre el desarrollo que escribió allí para resolver las últimas objeciones contra

XIII ENCUENTRO NEWMANIANO

Roma, mostrando el admirable desarrollo auténtico que es la historia de la Iglesia, creo que vino a ser al mismo tiempo el cuadro de su propio desarrollo auténtico, de su camino santo de amor a la verdad. Finalmente dio el paso. Fue una decisión humilde y valiente a la vez. Significó perder muchas cosas, pero ganar otras más importantes. Así titularía su primera novela, escrita al año siguiente: *Perder y ganar*, otra paradoja propia de la santidad evangélica. Y dice en la *Apologia*, escrita 20 años después: *desde el momento que me hice católico...he estado en perfecta paz y contento...Fue como un llegar a puerto tras una borrasca, y la felicidad que entonces sentí, permanece sin interrupción hasta el presente*. Asombra la afirmación, porque el sufrimiento lo siguió acompañando en su nueva casa, quizás más que antes. Soportó con humildad y paciencia heroica, incomprensiones, sospechas, acusaciones y fracasos de varias obras que le fueron encomendadas, incluida la división de los oratorianos por él fundados. Estremece leer en su diario el relato de estas aflicciones. Él mismo había predicado: *No olvidemos que, al ser llamados para ser Santos, somos llamados por eso mismo para sufrir*.²⁸ Pero el santo es precisamente el que puede sufrir sin perder la alegría y felicidad profundas, el que puede buscar la santidad antes que la paz. Dice Newman: *Las*

huestes celestiales, que ven lo que está pasando sobre la faz de la tierra,... han visto, una y otra vez, innumerables ejemplos de que el sufrimiento es el camino hacia la paz, que los que siembran entre lágrimas cosecharán con alegría, y que lo que fue verdad de Cristo es completado a su medida en sus seguidores. Tratemos de acostumbrarnos a este modo de ver el asunto. La Iglesia entera, todas las almas elegidas, cada una en su momento, es llamada a este trabajo necesario...Cristo ha venido antes y nos ha dado ejemplo para que sigamos Sus pasos...Ahora nos toca a nosotros, y todos los espíritus celestiales guardan silencio y contemplan...Y cuando todo pase, Cristo mismo os recibirá y vuestro corazón se alegrará y nadie os quitará. vuestra alegría.. Aquí somos zarandeados y el viento es contrario...Pero en el mundo invisible, donde Cristo ha entrado todo es paz...Ese es nuestro hogar. Aquí somos peregrinos, y Cristo nos está llamando a casa.

Dentro de poco la Iglesia dirá solemnemente que John Henry Newman llegó de verdad a casa, al hogar definitivo, y que su alegría y su paz fueron y son el fruto de su santidad. Nos dirá que podemos estar en comunión con él, que puede ayudarnos, que podemos ser sus amigos, y hacernos santos también. ●—

NOTAS

- 1 Apo 6.
- 2 Apo 154
- 3 PPS V, 22.
- 4 Apo 26.
- 5 MD, 11.
- 6 AW, 172.
- 7 PPS I, 1, 1826.
- 8 PPS V, 11.
- 9 Ath, II, 187-192.
- 10 PPS II, 13
- 11 LD I, 108, en nota, *Archivos del Oratorio de Birmingham*, A-9-1
- 12 PPS II, 13
- 13 PPS VII, 11
- 14 PPS VI, 17

- 15 Apo 31.
- 16 Apo 75.
- 17 Apo 36
- 18 OUS, 146.
- 19 PPS II, 32.
- 20 Apo 95.
- 21 Apo 211.
- 22 Apo 311, (nota D: *La serie de vidas de santos*, 1843-1844)
- 23 PPS IV, 11.
- 24 idem
- 25 PPS VI, 19
- 26 PPS IV, 16
- 27 PPS VI, 22.
- 28 PPS II, 32

La tarea especial encargada a cada uno

DRA. INÉS F. DE CASSAGNE*

Ya católico, sacerdote e instalado en Birmingham, Newman pronunció en 1849 una serie homilías para “Mixed Congregations”, entre las cuales hemos elegido una que se relaciona con la santidad, en lo que ésta implica de fundamental: el cumplimiento de la voluntad de Dios. No en lo general o común a todos los seres humanos, sino en lo particular, en lo referente a la tarea especial encargada a cada uno. Y así es el título: *God’s will the end of life*,¹ traducido: “La voluntad de Dios como fin de la vida”.

Newman arranca planteando la pregunta: “¿Por qué habéis sido enviados al mundo?” (p. 150).

Antes de responder, se toma un buen rato para observar que la mayoría “vive por vivir”, que “somos nuestro propio centro, nuestro propio fin”, que buscamos “darnos gustos”, que “destestamos interferencias de parte de Dios o de los hombres”, que “vivimos según el deseo del momento”, o con la “doctrina del día”. Llega a esta triste conclusión:

“La mayoría vive sin ninguna meta más allá de este mundo...¿qué contraste es esto con el fin de la vida que nos muestra nuestra Fe!”

Dejando en claro que creer es tomar en serio la Revelación, da el ejemplo de Jesús, cuando se

aplica a sí mismo algunos textos de la misma Escritura, tales como

“Heme aquí, oh Dios, para hacer Tu voluntad”;

“El Señor me ha abierto el oído, y no me resistí, no me he vuelto atrás”.

Y también cuando declara:

“Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió, y concluir Su obra”;

“que se haga, no mi voluntad, sino la tuya, Señor”.

Tras varias citas de este tenor, Newman recalca que Jesucristo, “si bien tomó la naturaleza humana, no tomó su egoísmo”. Y pasa entonces a la lección que ha de tomarse en serio: que cada cargo es un encargo.

“Y así es, hermanos, cada uno de nosotros –de alto rango o bajo, cultos o ignorantes, jóvenes o viejos, mujeres o varones– cada uno tiene una misión, tiene una tarea”.

“No hemos sido enviados a este mundo para nada; no nacimos al acaso....”.

“Dios ve a cada uno, ha creado cada una de las almas, vive en cada una de ellas con un propósito. Él necesita, se digna necesitar a cada uno de nosotros.”

*Inés Fúllen de Cassagne, Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires. Profesora en la Universidad Católica durante 25 años, y expositora en los Cursos de Extensión Cultural de esta Universidad. Miembro de la Academia del Plata. Escritora. Estuvo entre los miembros fundadores de la Asociación Amigos de Newman en la Argentina, participando en todos los Encuentros, y colaborando en traducciones y artículos en la revista Newmaniana. Participó en uno de los Congresos Internacionales sobre Newman en Oxford.

XIII ENCUENTRO NEWMANIANO

“Todos somos iguales para Él, y nos ha colocado en diferentes rangos y puestos, no para que saquemos de ahí rédito para nosotros, sino para trabajar para Él.

Así como Cristo tiene Su tarea, así nosotros tenemos la nuestra;

Como Él se regocijó de la Suya debemos regocijarnos nosotros de la nuestra.”

Cabe observar el distingo que hace el predicador entre la igualdad esencial y la diferencia particular y, sobre todo, la advertencia de no enorgullecerse por el cargo o papel que nos toque, si éste es elevado o de prestigio. No, pues cada cargo es un encargo, y una carga. Dice:

“San Pablo en una ocasión se refirió al mundo como el escenario de un teatro. Consideremos lo que esto significa. Los actores en realidad son todos iguales; pero asumen para la ocasión distintos roles...¿no sería ridículo que se enorgullecieran de sus diademas o espadas, en lugar de concentrarse en cumplir bien su rol?...¿hacer bien su parte?

Ahora somos como actores en este mundo; todos iguales, y vamos a ser juzgados igualmente cuando termine la vida... Sin embargo, siendo iguales y semejantes, cada uno tiene su parte especial ahora, cada uno tiene su trabajo, cada uno tiene su misión – no ceder a sus pasiones, no dedicarse a hacer fortuna, o hacerse famoso en el mundo, o ponerse a salvo de inquietudes; no seguir su inclinación, no ser egoísta y caprichoso; sino hacer lo que Dios puso en él”.

En este punto Newman pone el ejemplo evangélico del Rico (*Dives*) y el pobre Lázaro, agregándole detalles y vivencias que hacen resaltar más la diferencia entre ambos. Gusta imaginar que el Rico “era un hombre joven y había heredado una fortuna, y decidió disfrutarla para sí”. Por cierto que “no sintió que su riqueza pudiera tener otro uso más que permitirle a él el disfrute”. Y eso a pesar de ver que “Lázaro estaba a la puerta, y que podría haberlo aliviado.” Evidentemente daba por supuesto, como tantos otros jóvenes su-

perficiales, que “todo lo que poseía era para divertirse, y también para mostrarse, para atraer la atención del mundo...Con sus compañeros que seguramente eran todos educados, refinados, de buena cuna, no glotones, que no comían únicamente por comer, ni bebían por beber...”.

Insiste en el contraste entre el fondo malo y la buena apariencia, comúnmente aceptada, de estos jóvenes: “sensuales, carnales, impuros de pensamiento...pero exquisitamente correctos en sus ideas y juicios, permitiéndose darse reglas para pecar –sin corazón y egoístas, altaneros, puntillosos y desdenosos...”. Y yendo aún más lejos, señala lo que tantas veces nos ocurre ante la presencia del pobre que repugna: “dejando a Lázaro de lado y de la vista como se quita uno algo que es molesto ver”. Es un decorado molesto que hay que apartar. El Rico “vivió así su corta vida: pensando en nada, amando nada si no a sí mismo...; murió y “lo pusieron en el infierno”.

Llegado a este punto, creeríamos que esta es una alocución aprovechable para Doctrina Social de la Iglesia: dirigida al rico para que se ocupe del pobre. Pero no: el predicador percibe y señala otra cosa: justamente el haber descuidado el “encargo” de Dios, esa “acedia” del que estaba hablando. El mal fin que tuvo el Rico “no fue porque fuese rico –señala Newman–. También el pobre, tanto como el rico, puede descuidar “his divinely appointed mission” –descuidar la misión que le fuera asignada por Dios. E insiste que puede pasar “también en la clase media...Y da una lista de casos ilustrativos mostrando las diversas maneras que se usan para alejar de la mente el llamado de Dios y borrar de la conciencia la voluntad de Dios en lo que a cada uno respecta, es decir, su especial vocación o servicio: “Puede uno intoxicarse tanto con una droga barata como con una costosa”; “puede profanar la santidad de sus deberes familiares...”.

La cuestión es: “sea cual sea la posición de un hombre en la vida, ¿realiza en esa posición la tarea que Dios le ha mandado realizar?

Y se anticipa a la objeción: “¿acaso no habría una alternativa intermedia, en que pudiera yo hacer la voluntad de Dios y también mi voluntad?; incluso evitando el pecado mortal ... ya que el venial es casi imposible...?”.

Pero entonces Newman corta y lleva el asunto al fondo, haciendo esta pregunta y dando la respuesta:

“En una palabra, ¿tu religión es una tarea? Pues si no lo es, no es religión.”

¡Qué reflexión la siguiente!: “Si piensas que ya terminó tu tarea y ya empezó tu perpetua vacación...”.

En ese caso, estarías en peligro. Sin duda al joven Newman pasó por ese peligro cuando viajó al Mediterráneo con su amigo Froude, y ambos se dieron cuenta de que ya era hora de volver. “¡Tenemos una misión en Inglaterra!”, se decían. Sin embargo, Newman dejó que Froude regresase y él se fue al “Paraíso de Sicilia” (Taormina). Entonces le advino la enfermedad que él consideraba “providencial”. En su biografía de Newman, Louis Bouyer cita párrafos de cartas al respecto:

*“...Casi podría pensar que el diablo vio que yo debía ser un instrumento útil y que se esforzó por destruirme... (y a pesar de la peste y de los que morían, preso de la fiebre)...en medio de eso sentía la certeza de que me iba a curar.... Se lo dije al criado ...que yo pensaba que Dios tenía una obra para mí....y lo repetía...que Dios tenía que hacer algo en Inglaterra por mi intermedio...”.*²

“Yo sentía que Dios estaba luchando conmigo (como Jacob) y sabía que era por haber seguido mi propia voluntad...”.

*“Y el fiel Gennaro me prodigaba cuidados maternos a mí, a este inglés que le repetía en su delirio: ‘Dios me ha encomendado una obra’... y ‘no, no he pecado contra la luz!’.”*³

Pecar contra la luz hubiera sido negarse a ver lo que Dios le estaba mostrando e indicando a las

claras. Lo que él había cometido era pecado de acedia temporaria: retardar el cumplimiento de esa tarea que tan claramente le ponía Dios a la vista y que él había tratado de ocultar. Por eso, en su poema *Lead Kindly Light* –escrito entonces–⁴ él contrapone “la Columna de nube” luminosa y la oscuridad en que él se ha sumido al ceder a su propia voluntad en lugar de entregarse a la voluntad de Dios. Este poema, que es una oración de entrega a la misma, implica por ello mismo el reconocimiento de su anterior negativa, la resolución de dejarse guiar en adelante y la confianza total de ser guiado hasta el fin. ¡*Lead Kindly Light!*

La “tarea” que le esperaba y asumió en la Iglesia de Inglaterra, a través de los “Tractos”, Sermones y consejos personales, consistió no sólo en rectificar el rumbo doctrinal, sino también y sobre todo en despertar las mentes a la divina vocación y reanimar los corazones para la conversión, ayudando a cada uno a encaminarse a la santidad.

“A menos que estés llevando a cabo una tarea –decía en el sermón que comentamos–; y agrega: “a menos que estés luchando....La lucha es la señal del Cristiano”

La tarea de Newman en el Movimiento de Oxford no fue sin lucha, e implicó muchos sacrificios. Entre otros, alejarse de muchos seres allegados y queridos. En su homilía de “despedida”, en 1843 (*The parting of friends*) termina pidiéndoles a sus amigos que “rueguen por él, para que en todo pueda conocer la voluntad de Dios, y que siempre esté dispuesto a cumplirla.”

Al desarrollar este tema de la tarea en relación con la voluntad de Dios, en el sermón que estamos comentando, el predicador subraya la entrega y la perseverancia hasta el fin según el ejemplo de Jesús:

“He terminado la tarea que me diste. He manifestado Tu nombre a los hombres...”

Y también el ejemplo de San Pablo: “Terminé la carrera...”

XIII ENCUENTRO NEWMANIANO

Tal importancia cobra esto para Newman, en lo que atañe a la santidad que no puede evitar exclamar:

“¡Ay de los que mueren sin haber cumplido su misión!

Los que fueron llamados a ser santos, y vivieron en pecado;

los que fueron llamados a adorar a Cristo, y se zambulleron en este mundo veleidoso y descreído;

los que fueron llamados a luchar, y se quedaron holgazaneando,

los que fueron llamados a ser Católicos, y permanecieron en la religión de su origen!

¡Ay de los que han tenido dones y talentos, y no los usaron, o los usaron mal, o abusaron de ellos!;

los que han tenido riquezas, y la gastaron para sí;

los que han tenido aptitudes, y han defendido lo que es pecado, o ridiculizado lo que es verdadero, o ha esparcido dudas contra lo que es sagrado;

lo que han tenido ocio, y lo han desperdiciado con malas compañías, o libros malignos, o alocadas diversiones!

¡Ay de aquellos de quienes lo mejor que puede decirse es que son inofensivos y naturalmente intachables, y nunca trataron de limpiar su corazón o vivir bajo la mirada de Dios!”

Newman nos hace abarcar la historia y trascenderla, unir el cielo y la tierra y encarar el Juicio:

“El mundo sigue de edad en edad, pero los

santos Ángeles y los benditos Santos están siempre clamando “¡ay, ay! por la pérdida de vocaciones y la decepción de las esperanzas y el desprecio del amor de Dios, y la ruina de la almas... y al mirar abajo a la tierra...apenas ven una multitud de espíritus guardianes, alicaídos y tristes, cada uno detrás de quien le ha sido encargado, con ansiedad, o terror, o desesperación, tratando en vano de defenderlo del enemigo, y fallando porque él no quiere ser defendido.”

“El final es el juicio; el mundo pasa...como un escenario de teatro...Viene la muerte, el velo se rasga.

Alma que partes, ¿cómo has utilizado tus talentos, tus oportunidades, la luz derramada a tu alrededor, los avisos que te dieron, la gracia infusa en ti?”

Y para terminar nos regala esta oración preparatoria para ese momento:

“Oh mi Señor y Salvador! Sostenme en esa hora en los robustos brazos de Tus Sacramentos, y con la renovada fragancia de Tus consuelos. Que se pronuncien sobre mí las palabras de absolución, y que el Santo óleo me signe y me selle, y que me alimente Tu Cuerpo, y Tu Sangre me rocíe; y que mi dulce Madre María sople sobre mí, y que mi Ángel me susurre paz, y que los gloriosos Santos y mi querido padre Felipe me sonrían; para que en todos ellos, y por todos ellos, pueda recibir el regalo de la perseverancia, y morir como deseo vivir: en Tu fe, en Tu Iglesia, en Tu servicio, y en Tu amor.” ●

1 Sermons and Discourses, XII (1839-57) (from *Discourses to Mixed Congregations* (1849) N.York, Longmans, 1949.

2 Louis Bouyer: *NEWMAN: sa vie, sa spiritualité*, Paris, ed. du Cerf, 12952, p.184.

3 Bouyer, id., p.193.

4 *Lead kindly Light –amid the encircling gloom- lead thou me on!*

Santidad y oración en John Henry Newman

PBRO. RICARDO M. MAUTI*

La oración en la trama de su vida Quisiera comenzar trayendo ante nosotros una imagen que nos transmite un contemporáneo de Newman, y que puede introducirnos rápidamente en este tema de la “santidad y la oración”:

*“En mi regreso al College [...] fui inmediatamente a visitar a Newman, quien en ese momento estaba viviendo en mi antigua residencia en Littlemore. Al pasar junto a la ventana, lo vi arrodillado en oración.”*¹

Esta especie de fotografía, conservada por un testigo de los hechos, nos ayuda a comprender lo que significó la oración para Newman. Lo conocemos en general como un hombre dotado de brillantes dones intelectuales; incluso, cuando se piensa en Newman lo primero que impresiona en él es el hombre religioso, buscador infatigable de la verdad. Pero junto a esta cualidad, y me atrevo a decir, sustentando la genialidad de su pensamiento, está la dimensión orante de su vida, hecha de intimidad y afecto, en el trato diario con Dios.

En efecto, la oración constituye la trama espiritual de la vida de Newman. Desde su primera conversión que el definió con aquella clásica expresión “Yo y mi Creador”² (*Myself and my Creator*) puede decirse que el carácter personal de su fe queda plasmado en el estilo de su oración. La oración jamás fue para Newman una evasión, o una búsqueda de emociones religiosas,³ en dónde

el hombre cae en la sutil trampa de buscarse a sí mismo; por el contrario, la concibe como un “mirar a Jesús”, entablando en el lenguaje propio de la fe, un diálogo personal. En un sermón de 1835 titulado *Self-contemplation*, inspirado en un pasaje de Hb. 11, 2 dice:

*“Nuestro deber es mirar fuera de nosotros mismos, mirar a Jesús, esto es, rehuir la contemplación de nuestros propios sentimientos, emociones, estado de ánimo, que no son los puntos centrales de la vida espiritual, y dejar, en cambio que todo eso quede asegurado por sus frutos.”*⁴

Está claro que la oración depende de la fe, y se apoya en la certeza de que Dios ha hablado en la historia y sigue hablándonos en los acontecimientos de cada día. Newman estaba convencido de ello, y por eso pone a la oración en pie de igualdad con la revelación de Dios:

*“Del mismo modo, que la oración es la voz del hombre a Dios, así la revelación es la voz de Dios al hombre.”*⁵

Puede decirse, que Newman aprendió en la Biblia –que es la escuela de los grandes orantes– lo que significa el trato personal con Dios. La oración es el “lugar” de la experiencia de Dios, y sin ella –según su clásica distinción– no es posible para la fe, un asentimiento real.⁶

Me parece muy importante la valoración que hace Newman de la oración, a la hora de enten-

* **Presbítero Ricardo Mauti.** Sacerdote de la arquidiócesis de Santa Fe. Actual Rector del Seminario de esa Arquidiócesis. Ha colaborado con diversos artículos en la revista Newmaniana. Vinculado desde muchos años a la Asociación Amigos de Newman. Actualmente ha concluido una investigación en la Facultad de Teología de la Universidad Católica en orden a la Licenciatura en Teología sobre el tema desarrollado en esta exposición.

der la estructura interna del acto de fe. Hay un asentimiento nocional (*fides quae*) que adhiere a proposiciones y enunciados, y un asentimiento real (*fides qua*) que tiene experiencia del objeto creído. La oración es para Newman la expresión de un asentimiento real. Ella vive de un encuentro verificable de dos seres luminosamente autoevidentes.⁷ Por eso, la oración no es un viaje a lo desconocido, o un sumergirse en la inconsciencia, sino un diálogo entre Dios que nos habla en su Palabra, y el hombre que escucha y responde.

Aquí se advierte la importancia que tiene para la vida de oración la lectura de la Palabra de Dios. También en esto se revela el carácter profético de Newman, en que ha redescubierto el valor de la lectio Divina, antes de que en el pasado siglo lo hicieran los movimientos bíblico y litúrgico. Dice en un sermón de 1840:

*“Debemos traer a la mente aquello que hemos leído en el Evangelio o en los libros santos; debemos tener presente aquello que escuchamos en la Iglesia; debemos rezar a Dios que nos haga capaces de comportarnos de este modo.”*⁸

Este amor a la Palabra de Dios, que lo llevó a privilegiarla por sobre cualquier otra lectura, como lo prueban en especial sus sermones,⁹ se manifiesta también en el hábito de memorizarla para hacerla objeto de meditación durante el día. En una entrada de su diario en 1823, dice:

*“Me he aprendido ocho capítulos de Isaías, del 50 al 57 inclusive. Dios quiera que se me queden en el corazón, lo mismo que en la memoria.”*¹⁰

La lectura de la Palabra, introduce al orante en la historia salvífica y posibilita una real experiencia de Dios. Pero también aquí, advierte Newman, puede haber peligros. Dice en la *Grammar*:

“Leyendo como leemos los Evangelios desde nuestra juventud, corremos el peligro de hacerlos tan familiares que pierdan todo su vigor y los consideremos como mera historia. El fin de la meditación es convertirlos en algo real, hacer que los hechos que narran resalten ante nuestra mente como objetos reales, que una fe tan viva

*como la imaginación que los aprehende pueda hacerlos cosa propia.”*¹¹

Newman insiste a menudo en que la oración no es tanto un “privilegio” sino un “deber”. ¿En qué sentido? La oración hunde sus raíces en el misterio mismo de Dios; por lo cual, su estímulo y motivación última la debemos encontrar no tanto en nuestros estados de ánimo, sino, en la fidelidad de Dios hacia nosotros; expresada en su Amor creador y redentor. Es ésta realidad la que sostiene nuestra existencia, llamándonos a compartir una vida más alta, sobrenatural, que solo la fe puede captar y la oración experimentar:

*“[...] lo que ahora diré concerniente a la oración, no la consideraré en cuanto privilegio, sino como un deber, pues hasta que no tenemos alguna experiencia de los deberes de la religión, somos incapaces de tomar parte propiamente en los privilegios. Es demasiada la moda del día, ver la oración principalmente como un mero privilegio, tal, que ser negligente es sólo inconsiderado, pero no pecado. Es optativo.”*¹²

Con un sentido de sano realismo y hablando Newman desde la propia experiencia, acentúa lo que muchos maestros de la vida espiritual han aconsejado a lo largo de los siglos:

*“Es preciso insistir en este deber de observar la oración privada en momentos establecidos, porque en medio de las preocupaciones y las prisas de la vida, es fácil que los hombres lo descuiden; y es un deber mucho más importante de lo que generalmente se cree, incluidos aquellos que lo cumplen.”*¹³

En esto podemos vislumbrar el lugar elevado que la oración ocupa en la vida de Newman, al punto de llamarla “la verdadera esencia de toda religión”,¹⁴ aprobando incluso la drástica frase de su Padre S. Felipe Neri cuando decía “que un hombre sin oración es un animal sin razón.”¹⁵

En uno de los más bellos sermones en donde Newman trata sobre la oración, y que lleva por título *Mental Prayer*, establece una luminosa analogía entre la vida del alma y del cuerpo:

*“No sabemos cómo dé Dios la vida a nuestras almas, de la misma forma que tampoco sabemos cómo da la vida a nuestros cuerpos. La vida de nuestro espíritu, según S. Pablo ‘está escondida con Cristo en Dios’ (Col. 3, 3); y a semejanza de cómo se manifiesta la vitalidad del cuerpo a través de los movimientos del mismo, la presencia del Espíritu en nosotros se revela a través de la actividad espiritual, bajo la forma de la plegaria continua. La plegaria representa para la vida espiritual lo que las pulsaciones y la respiración para la vida del cuerpo. Pensar vivo un cuerpo frío inmóvil e insensible, es tan absurdo como considerar viva un alma que no reza.”*¹⁶

Newman subraya aquí el término de la analogía, mostrando que del mismo modo que el latido de un corazón es connatural a un cuerpo vivo, así la oración lo es para el alma. El alma de una “fe real” parece decirnos, está en la oración, porque es ella la que mantiene vivo el diálogo amoroso con Dios, cumpliéndose aquello de S. Agustín, cuando dice, que el alma está más presente “*ubi amat plus quam ubi animat*”(el alma está más presente donde ama que donde anima).

Junto a la preocupación por la oración litúrgica, Newman no ha dejado de insistir en la necesidad de la oración privada (personal). Con diversos acentos desarrolla el tema en dos sermones de 1835. En *The Good part of Mary*, muestra cómo el abandono de la oración puede constituirse en un signo de idolatría, al señalar, que el hombre anestesiado por lo urgente, justifica y llena con cosas y negocios –incluso religiosos– el lugar de Dios.¹⁷ De igual modo en el sermón *Intercession*,¹⁸ destaca una cualidad de la oración cristiana, que es su carácter empeñativo y social, vale decir, una oración que no se encierra en sus propias necesidades, sino que se compromete con el bien y la salvación de todos.¹⁹

La oración a examen

Newman fue un hombre dotado de una extraordinaria capacidad para el autoexamen. Lo vemos a lo largo de su vida repasar sus ideas, volver sobre su propio itinerario de fe; sirviéndose

para ello del registro de sus vivencias. Las cartas y escritos autobiográficos son claro testimonio de ello. No debe extrañarnos esta actitud, en alguien que ha proclamado con tanta fuerza el primado de la conciencia, que él entendía como la voz de Dios que nos habla en nuestros corazones como desde detrás de un velo.²⁰ Esta certeza lo llevó en su camino de santidad a obedecer a Dios, sencillamente, porque sentía con gran realismo su presencia;²¹ al mismo tiempo lo predispuso a un constante examen de su oración, con confesiones que no es usual descubrir en otros autores espirituales.²² Un documento de 1847, conocido como Confesión de S. Eusebio, que Newman escribe en Roma en los días de preparación a su ordenación sacerdotal, contiene el análisis más riguroso que haya jamás hecho de su vida interior.

Allí habla de su oración con expresiones de gran sinceridad, que revelan el arduo trabajo que le ha significado su cultivo interior:

“En los años de mi adolescencia y siendo hombre joven, tenía confianza y esperanza en Dios; esto es, me entregaba sin preocupación ninguna a su Providencia, tenía una fe grandísima en el poder de la oración, en cualquier adversidad tenía por costumbre decir con gran paz que Él me libraría a mí y a los míos cuando llegara el momento, Su momento. Pero cuando empecé a aplicar el intelecto a temas sagrados, a leer y a escribir, hace veinte años y más, entonces, aunque lo que escribí era en su mayor parte verdadero y útil, sin embargo, primero: perdí mi fe natural e innata, de tal forma que ahora tengo mucho miedo al sacerdocio, a comportarme sin la debida reverencia en algo tan sagrado; luego, también he perdido la sencilla confianza que tenía en la Palabra de Dios.

La alegría y la simpatía no las he perdido; entre amigos y otra gente suelo ser afable y atento, pero poco a poco mi primitiva confianza en el amor ilimitado de Dios por mí y en la eficacia de mi oración se ha ido apagando. No he perdido ni mi sentido íntimo de la presencia de Dios en todas partes ni la buena conciencia y la paz del alma que son su consecuencia. Pero ya no pienso, o por



Oración final pidiendo la intercesión del Venerable John Henry Newman.

*lo menos no tanto como antes, que el hábito de la oración es no sólo una obligación sino también un gran don y un privilegio con el cual lo podemos todo. Este poder de la fe, sutil y delicado, se ha vuelto débil en mí, y así sigue hasta hoy.*²³

Este texto tan revelador del alma de Newman, no se agota en los acontecimientos que lo han provocado; según J. Honoré, en él se sintetiza toda la experiencia espiritual de Newman.²⁴ Su oración pasa por una dura prueba (tiempo de aridez espiritual); parece golpeada por una rigidez de todo su ser, una especie de parálisis que le impide entregarse plenamente. Dice a continuación:

“Es difícil de explicar y me resulta raro incluso a mí, pero tengo esta peculiaridad: que en el movimiento de mis afectos, ya sean sagrados o humanos, mis fuerzas físicas son incapaces de rebasar ciertos límites. Al contemplar las cosas de Dios siempre estoy lánguido, como quien caminará con los pies atados; es como si llevara unos grilletes, una especie de ley física por la que no logro tener fuerza a la hora de predicar y de hablar, ni ser fervoroso al rezar y contemplar.”²⁵

Sin embargo, su oración que se ha vuelto laboriosa, ofuscada por la languidez espiritual, se eleva siempre hacia el mundo invisible (*Invisible World*), apoyada en la certeza de la presencia de Dios, que reconoce en la fe, aunque de momento no experimente de manera sensible. Concluyo diciendo, que Newman no ha dejado nunca de pedir el don de la oración, como lo expresa, con una clara conciencia de la comunión de los Santos, al poner como intercesor y modelo a su Padre S. Felipe:

“[...] Como los hijos de este mundo conversan con sus amigos y encuentran placer en su compañía, pueda yo estar siempre en comunión con los santos y los ángeles, y con la Santísima Virgen, la Madre de mi Señor. Ora conmigo, Felipe, como orabas con tus penitentes aquí abajo, y entonces la oración llegará a ser dulce para mí, como lo fue para ellos.”²⁶ ●

1 H. Tristram, “With Newman at Prayer” en *John Henry Newman. Essay Centenary*, London 1945, 101.

2 Apo. 32.

3 *Religious Emotion* PPS I, 14.

4 *Self-contemplation* PPS II, 15.

5 GA. 353. En este aspecto Newman en perfecta sintonía con los Padres adelanta lo que dirá el Concilio: “A Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras” (DV 25).

6 GA. 71.

7 Apo. 32.

8 *Christ's Privations a Meditation for Christians*, PPS VI, 4.

9 Es difícil encontrar en sus sermones alguna cita que no esté tomada de la Sagrada Escritura. Esto muestra dónde enraizaba él su contemplación y predicación, y el porqué de su vigencia a lo largo del tiempo.

10 AW. 194.

11 GA. 97.

12 *Times of Private Prayer* PPS I, 19.

13 Ibidem 159. En este aspecto sabe incluso orientar en cuestiones de método, como lo que le dice a Miss Holmes en una carta de 1842: “Dedique media hora todas las mañanas, sin interrupción, a contemplar algún asunto sagrado (...) Debe comenzar por fijar con fuerza en su mente que está usted en la presencia de Cristo, y se lo puede imaginar (con reverencia) como si Él estuviera delante de usted, con

sus ángeles y santos. Por supuesto, todo esto hay que hacerlo con la máxima reverencia, no como un experimento, una receta o un encantamiento” LD IX, 184.

14 *A Letter to Pusey* in Diff. II, 68.

15 MD. 194: “A man without prayer was an animal without reason”.

16 *Mental Prayer* PPS VII, 15.

17 Cf. PPS III, 22; 685.

18 Cf. PPS III, 24; 705; el tema es tratado también en *The Christian Ministry* PPS II, 25; 418.

19 Los diarios de Newman están sembrados de oraciones de intercesión por personas concretas. Es una costumbre que Newman tuvo durante toda su vida. Puede decirse —estableciendo una analogía con su inmenso epistolario— que así como expresó su amistad escribiendo cartas, del mismo modo se acordaba de las personas y de sus necesidades ante Dios en la oración.

20 *A Letter Addressed to His Grace the Duke of Norfolk*, 79.

21 *Religious faith rational*, PPS I, 15.

22 Es significativa por su sencillez una entrada en su diario en 1820: “Me falta mucho espíritu en la oración, cariño a mi hermano, docilidad, humildad, perdonar las ofensas, ser caritativo y paciente” AW 174.

23 AW. 240.

24 Cf. J. Honoré, *The Spiritual Journey of Newman*, New York 1992, 220.

25 AW. 241.

26 MD. 195.

Conferencia dictada en la Fundación Komar

Newman y los Padres de la Iglesia

FERNANDO MARÍA CAVALLER*

1. La patrística en la teología anglicana anterior a Newman

Quien tuvo el principal papel en la Reforma anglicana del siglo XVI fue Thomas Cranmer, Arzobispo de Canterbury¹. Fue el artífice de la primera expresión del credo anglicano: los famosos *Artículos*. En época de Enrique VIII redactó *Diez artículos*, muy ambiguos, luego *trece artículos*, para que Enrique llegara a un acuerdo con los príncipes luteranos, luego los redujo a *seis*, y pasaron a ser *cuarenta y dos*, ya muy calvinistas, en época de Eduardo VI. Cranmer muere en la hoguera bajo el reinado católico de María Tudor. Isabel I promulgará en 1562 los definitivos *Treinta y nueve Artículos*, revisados en 1571, y redactados con deliberada ambigüedad para consolidar una Iglesia Nacional que admitiera el mayor número posible de opiniones, a medio camino entre Roma y el protestantismo. Cranmer reconocía a los Padres de los primeros cuatro siglos. De hecho, los *Artículos* eran Patrísticos en cuanto a la Trinidad, la Cristología y el pecado original, pero luteranos en cuanto a la Sagrada Escritura y la justificación, y calvinistas en los sacramentos (que quedaron reducidos a dos: bautismo y eucaristía).

Los dos grandes teólogos anglicanos del siglo XVI fueron John Jewell y Richard Hooker. Ambos querían ser fieles a la Iglesia antigua,

pero Jewell era antirromano y para él el consenso de los reformadores era tan importante como el consenso de los Padres antiguos. Pero Hooker², considerado el verdadero iniciador de la teología anglicana, no era antirromano sino antipuritano, esto es, opuesto al influjo protestante que venía de Alemania. Fue el primero en proponer una *via media* entre el puritanismo y el romanismo, que por defecto y por exceso no eran para él el auténtico catolicismo. Escribió una verdadera *Suma Teológica*, que seguía la estructura de Santo Tomás y afirmaba la institución divina del episcopado como de absoluta necesidad, dando mucha importancia a los Padres de la Iglesia. Aunque en muchas cosas era ambiguo. Como dice el dominico Aidan Nichols, aquella era “como una Iglesia protestante, perseguida por su pasado católico”. Hooker tuvo vigencia siempre, incluso en el Newman anglicano. Bouyer afirma que Hooker es el más grande autor espiritual y teólogo de la época de Isabel I, de una inmensa cultura y piedad profunda, el verdadero padre del anglicanismo³.

En el siglo XVII encontramos a los **teólogos carolinos**, nombre que les viene por el rey Carlos I Estuardo, de tendencia católica. Estaban cada vez menos convencidos del protestantismo de la reforma, y querían justificar la separación de Roma, pero no como los primeros reformado-

1 (1489-1556), autor de *Defense of the true and Catholic Doctrine of the Sacrament of the Body and Blood of our Saviour Christ* (1550), *Apology of the Church of England* (1562).

2 (1554-1600) autor de *Laws of Ecclesiastical Polity* (1593-97).

3 BOUYER, Louis, *Histoire de la spiritualité chrétienne. Le protestantisme après les réformateurs*, pp. 149ss

res. El gran personaje fue William Laud⁴, nombrado Arzobispo de Canterbury por Carlos I°. Había sido profesor de patrística en Oxford. Se opuso al calvinismo y entró en conflicto con los puritanos. Impulsó la restauración de la liturgia anterior a la reforma, sumando al Prayer Book algunas prácticas católicas. No se sentía vinculado por los 39 Artículos porque, según él, negaban la autoridad de los Concilios generales en la Iglesia. La primera norma de fe era la Escritura y la Tradición (de la primitiva Iglesia “indivisa” y sus Credos, es decir la Iglesia de los Padres. Fue ejecutado en 1645 acusado de ser papista en secreto. Esto llevó a la guerra civil, y a la supresión del Anglicanismo. Laud y sus seguidores dejaron una herencia buena en la Iglesia anglicana: fueron contrarios al protestantismo, que desdeñaba a los Santos Padres, y rehicieron el contacto con la Iglesia anterior a la Reforma. Otros teólogos carolinos pro católicos fueron Jeremy Taylor⁵, John Bramhall⁶, Lancelot Andrewes⁷, Herbert Thorndike⁸, Richard Montague⁹, William Chillingworth¹⁰, John Cosin¹¹, Henry Hammond¹²,

John Pearson¹³, Edward Stillingfleet¹⁴, George Bull¹⁵, muy elogiado por Bousset, William Beveridge¹⁶, todos ellos citados por Newman en sus *Tracts for the Times*. La debilidad de los teólogos carolinos fue una comprensión equivocada de la Tradición como fuente de doctrina: a la larga la redujeron a un ensamble de textos doctrinales de la antigüedad cristiana, la “primera tradición apostólica”, que era la única creíble. Este será el famoso argumento de “antigüedad” que Newman va a sostener en su etapa anglicana. Pero faltará, obviamente, el de “catolicidad”.

En 1688, tiene lugar la llamada “Gloriosa revolución”, cuando Guillermo III de Orange, protestante, es rey de Inglaterra, y proclama el Acta de Tolerancia, reconociendo a puritanos, presbiterianos y congregacionalistas. William Sancroft¹⁷, Arzobispo de Canterbury, cinco obispos más, y todos los obispos de Escocia, se negaron a rendirle juramento y fueron removidos de sus sedes. Junto a otros muchos fueron conocidos desde entonces como los **non-jurors (no juramentados)**. De hecho hubo un Cisma en la Iglesia de Inglaterra que duró hasta el 1800. La High Church quedó dividida. Newman y los tractarianos hablarán del “tunnel period”, el período del túnel oscuro desde 1688, 150 años de confusión. Los non-jurors eran herederos de los teólogos carolinos, y querían recuperar la antigua tradición. Aceptaban la reforma inglesa en aquello que derivaba de la Iglesia de los Padres. Buscaron la comunión con la Iglesia Ortodoxa de Constantinopla (sucesión apostólica). El teólogo non-juror más importante fue George Hickes¹⁸, y además

4 (1573-1645), autor de *Conference with Fisher the Jesuit* (1622); *Introduction to the Liturgy* (1630).

5 (1613-1667) obispo de Down and Connor, autor de *Dissuasive from Popery* (1664); *Worthy Communicant; The Rule of Conscience; Life of Christ: On the Institution and Reception of the Sacrament; Holy Living, Holy Dying* (1650); *Real Presence...proved against...Transubstantiation* (1654); *Liberty of Prophesying* (1647).

6 (1594-1663), arzobispo de Armagh, postulador de la teoría de las ramas, autor de *A Just Vindication of the Church of England from the Unjust aspersion of Criminal Schism*.

7 (1555-1626) obispo de Winchester (uno de los principales traductores de la Biblia al inglés bajo el mandato del rey Jacobo I Estuardo, y cuyas obras fueron reeditadas por los anglocatólicos en 11 volúmenes hacia 1850), autor de *Preces Privatae; Answer to Cardinal Perron; Responsio ad Card. Bellarmini Apologiam* (1610); *Sermons*.

8 (1598-1672), autor de *Epilogue; Judgment of the Church of Rome*.

9 (1577-1641) obispo, autor de *An answer to the late Gagger of Protestants* (1624); *De Originibus Ecclesiasticus* (1636-40).

10 (1602-1644), autor de *The Religion of Protestants, a Safe Way of Salvation* (1637).

11 (1594-1672) obispo de Durham, autor de *Collection of Private Devotions* (1627); *History of Popish Transubstantiation* (1656).

12 (1605-1660), biblista y teólogo, capellán de Carlos I Estuardo, con obras en 3 volúmenes también reeditadas por los Anglocatólicos. *Practical Catechism; The Reasonableness of Christian Religion*.

13 (1613-1686) el mejor teólogo sistemático anglicano, autor de *Exposition of the Creed* (1659); *Vindiciae Epistolae S. Ignatii* (1672).

14 (1635-1699) obispo de Worcester, autor de *Origines Sacrae; Rational Account of the Grounds of the Protestant Religion* (1664).

15 (1634-1710), obispo de St. Davis, autor de *Harmonia Apostolica* (1669); *Vindication of the Church of England; Defensio Fidei Nicaenae* (1680).

16 (1637-1708) obispo de Asaph, autor de *Synodikon* (1672), *Private Thoughts on Religion, Exposition of the Thirty-Nine Articles* (1710); *The Great Necessity...Public Prayer and Frequent Communion* (1710).

17 (1617-1693) autor de *Corrections of the Common Prayer*.

18 (1642-1715) obispo, autor de *Treatises on the Christian*

Thomas Ken¹⁹, William Sherlock²⁰, Charles Leslie²¹, John Kettlewell²², John Johnson²³, Thomas Brett²⁴, William Law²⁵, Thomas Deacon²⁶, Thomas Podmore²⁷, William Cartwright²⁸. También estarán citados en los *Tracts for the Times*, al igual que los teólogos carolinos.

En el siglo XVIII viene la renovación evangélica. La declinación de la Iglesia Anglicana causa por reacción la aparición del **metodismo**, con **John Wesley**²⁹, hijo, nieto y bisnieto de clérigos puritanos. En su primer período estudia a los Padres, lee el Kempis, teólogos carolinos y non-jurors. Luego desmejora su posición, y provoca una escisión que da lugar al **evangelismo**, al que pertenecerá Newman en su primera época juvenil, y que no era patrístico, sino fundado en la sola Scriptura, es decir de raíz calvinista.

Junto a estos nuevos sectores de la vida religiosa, se produce a mediados del siglo XVIII un **renacimiento de la High Church**, con obispos que se apartan del puritanismo, pero se acercan cada vez más a los protestantes, con el riesgo de perder parte de su herencia católica, al compartir con luteranos, calvinistas, etc, la oposición a la Contrarreforma católica. La mayoría de los teólogos permanecían ortodoxos en la fe trinitaria y cristológica, pero adherían a la

nueva filosofía de Locke, y al desprecio de la Ilustración por la tradición histórica como sostén de la verdad. Aparece un agnosticismo, sólo mitigado por el recurso a la Biblia. Pero hay una reacción en algunos teólogos como Daniel Waterland³⁰, antilatitudinarios, y antiarrianos, y otros francamente pro-católicos, como Joseph Butler³¹, que influirá mucho en Newman. En general los teólogos High Church sostenían el valor de los Santos Padres como testigos y expositores de la verdad de la Escritura, cuando se podía establecer un ‘consenso católico’ con ellos. Esta era la Tradición.

Por tanto podemos decir que una de las **constantes** que permanecieron desde el siglo XVI en los ámbitos más fieles a la tradición, fue la **valoración de los SSPP**, en Cranmer, Jewell, Hooker, William Laud y los carolinos, en los non-jurors, en el mismo Wesley, y en la tradición High Church. Esto nunca fue parte de la fe de los puritanos, ni de los presbiterianos, ni de los latitudinarios.

Otras constantes de aquella línea de pensamiento fueron la valoración de los *Credos*, y del *Prayer Book*, es decir: doctrina y liturgia, *Lex orandi lex credendi*, se cree aquello que se reza y se reza aquello que se cree, la afirmación de una Iglesia episcopal con sucesión apostólica, aunque vinculada al Estado, y la convicción acerca de una Iglesia anglicana, según la teoría de la “**via media**”, es decir ni protestantismo (luteranismo, calvinismo, o cualquiera de las ramas emergentes: puritanismo, presbiterianismo, latitudinarismo, evangelismo, y menos aún el unitarianismo), pero tampoco el catolicismo romano.

El itinerario de Newman fue este: **evangélico high church tractariano católico romano**. Este itinerario fue acompañado siempre de la lectura y reflexión patrística, como una constante que es precisamente la que explica su desarrollo y su final.

Priesthood.

19 (1637-1711) obispo de Bath and Wells.

20 (1641-1707) autor de *On Religion Assemblies* (1703), *On Death* (1690).

21 (1650-1722) autor de *Case of the Regale and Pontificate* (1700); *Rome and England*.

22 (1653-1695) obispo

23 (1662-1725) autor de *The unbloody Sacrifice, and Altar, Unveiled and Supported* (1714-18); *Propitiatory Oblation in the Holy Eucharist*.

24 (1667-1744), obispo, autor de *On the Tradition, Collection of the Principal Liturgies; The Christian Altar and Sacrifice, a sermon*.

25 (1686-1761) autor de *Three Letters to the Bishop of Bangor* (1717-19); *Serious Call to a Devout and Holy Life* (1729), *Christian Perfection* (1726).

26 (1697-1753) autor de *Complete Book of Devotions* (1734).

27 autor de *The Layman's Apologetic*.

28 (1611-1643), poeta, dramaturgo, sacerdote, autor de *The Ordinary* (1635).

29 1703-1791.

30 (1663-1740), archidíacono de Middlesex, autor de *History of Athanasian Creed* (1723), *On Justificación, A Review of the Doctrine of the Eucharist* (1737); *On Ecclesiastical Antiquities*.

31 (1692-1752), *The Analoly of Religiön, Natural and Revealed, to the Constitution and Course of Nature* (1736).

2. Los Santos Padres y el principio dogmático y sacramental en Newman

En 1816, a los 15 años, ocurre el hecho decisivo del encuentro de Newman con el Dios de la Revelación. Dice: *Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que, por la misericordia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido*³². Más tarde hablará del **principio del dogma** como su primer principio teológico, y lo definirá como las *verdades sobrenaturales, irrevocablemente depositadas al lenguaje humano, imperfecto porque es humano, pero definitivo y necesario porque está dada de lo alto*. No habla aquí sólo de los dogmas de la Iglesia, sino, en primer lugar, de la Revelación divina. Dios se ha revelado en lenguaje humano, lo cual tiene para Newman un carácter definitivo y necesario por eso mismo, porque Dios en lo alto así lo ha dispuesto. Se trata de la Revelación del Dios Trinitario. Casi inmediatamente a aquella conversión comienza a buscar textos en la Escritura que apoyen el misterio de Dios Uno y Trino. Y entre los libros que lee entonces estuvo la *Historia de la Iglesia de Cristo* de Joseph Milner, donde encontró por vez primera a los Santos Padres. Dice en la *Apología*: *Poco me costó enamorarme de los largos extractos de San Agustín, San Ambrosio y otros Padres que allí encontré*. De manera que, a la par de ingresar en aquel mundo bíblico que caracterizaba el evangelismo al cual ingresa, se encuentra por vez primera con los Padres, que eran la primera respuesta teológica a la Revelación, a la vez que los primeros testigos de la fe de la Iglesia antigua.

La teología de los Padres había configurado aquel credo definido, desarrollado a través de las controversias trinitarias y cristológicas. Fundados en la Palabra de Dios revelada habían encontrado el lenguaje dogmático apropiado para expresar los grandes misterios de la fe. Newman se encontró con el lenguaje de la Revelación y con el lenguaje de la fe que respondía a esa Revela-

ción. Los primeros dogmas de la Iglesia seguían la misma ley de la Providencia divina al revelarse a los hombres. A eso llama religión dogmática. *Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla, sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo*.³³ Aquella conversión era al Dios personal que se autorrevelaba y daba así un contenido a la fe que le respondía. Los Padres habían desarrollado ese contenido. Principio dogmático quería decir Verdad Revelada, recogida en la Escritura y explicitada en la Tradición, y Newman lo encontró personificado en los Padres. Era un principio contrario al sentimentalismo religioso, pero también contestaba al racionalismo de la época de Newman, como veremos ahora.

El siguiente período de su vida se abre con el hecho decisivo de su nombramiento como fellow del Oriel College en 1822, donde entra en contacto con un ambiente High Church. Allí encuentra, entre otros a Edward Hawkins³⁴, que le transmite, precisamente, la doctrina sobre la Tradición, separándole del fundamentalismo bíblico. Así, en 1827 estudiará el misterio de la Trinidad desde el credo niceno. Esto significó el estudio detenido sobre el arrianismo, que va a desembocar, cinco años más tarde, en su primera obra teológica sistemática, *Los arrianos del siglo IV*, publicada en 1833. Argumenta en la obra, que, de manera similar al liberalismo del momento, el arrianismo fue originalmente *una enseñanza más escéptica que dogmática, que se propuso inquirir y reformar el credo recibido más que aventurarse con uno propio, gozando las ventajas del atacante sobre la parte atacada de buscar objeciones más que de resolverlas*.³⁵ Al disputar con el credo ortodoxo, los arrianos fueron culpables de aplicar mal la razón humana a los misterios de la Revelación. En

33 ídem

34 (1789-1882) autor de *Dissertation upon the Use and Importance of Unauthoritative Tradition as an Introduction to the Christian Doctrine* (1818).

35 Ari, 26-27

32 Apo, 4

los Padres antiarrianos había encontrado el principio de la *economía*, del que habla en esta obra, y que era el mismo designio de Dios en su Revelación salvífica. Se trataba de la economía sacramental como mediación simbólica de una Verdad. El arrianismo fue un racionalismo, como el del siglo de Newman. Arrianos y liberales buscaron fórmulas de compromiso que comprendieran distintas opiniones, pero esto era según Newman *confundir arreglos de palabras que existen sólo en el papel, con realidades...No existen dos opiniones tan contrarias que no puedan ser comprendidas juntas en alguna forma verbal suficientemente vaga...Si la Iglesia debe ser vigorosa e influyente, debe ser decidida y hablar claro en su doctrina.*

³⁶. La objeción arriana al uso de *palabras que no están en la Escritura, en orden a confesar la fe*, era también la del liberalismo.³⁷ Newman niega en esta obra que aquella comprensión profunda de la revelación cristiana sea comunicada directamente por el texto bíblico. Además, *la expresión intelectual de la verdad teológica*, no sólo es necesaria porque *excluye la herejía*, sino porque *asiste directamente los actos de culto y obediencia religiosa*.³⁸ Newman ha entrado aquí de lleno en la Tradición, negada por el evangelismo calvinista, que abandona definitivamente. Lo vemos, además, de la mano de los Padres, contestando al racionalismo liberal de su época, que era antidogmático. Esta sería la batalla de toda su vida. Después de varios años de lectura intensiva de los Padres, Newman pudo escribir esta verdadera iniciación al conocimiento de los mismos, lo cual ubica a la obra como precursora³⁹.

Pero desde el origen de este estudio sobre el arrianismo y el Concilio de Nicea, cinco años antes de escribir esta obra, se había visto empujado hacia atrás, hacia los Padres antenicianos. Dice: *retornó mi antigua devoción a los Padres, y comencé a leerlos cronológicamente, empezando por Ignacio y Justino*. Por esta época encontra-

mos en su diario esta afirmación: *Creo que lo que verdaderamente deseo es la verdad y donde quiera que la encuentre estoy dispuesto a abrazarla*. No cabe duda de que la buscaba en los Padres. Y en esa lectura cronológica llega a los Padres Alejandrinos. Con Newman es la primera vez que tienen influencia los Padres griegos en la teología anglicana (los teólogos Carolinos y los High Church se habían referido más bien a los Padres latinos). Por supuesto estaba allí la gran figura de San Atanasio, el campeón de la ortodoxia, que representaba el principio dogmático, antiarriano. Y comprendió al mismo tiempo que ese principio tiene su mejor expresión en la Encarnación del Verbo, plenitud de la Revelación, donde el Padre Eterno pronuncia Su única Palabra Eterna, Su Hijo, en la debilidad de la carne, en el lenguaje humano y en hechos tangibles. Arrio, al negar la divinidad del Verbo, y con ello el misterio de la Trinidad, negaba asimismo la divinidad de Cristo, y aún su verdadera humanidad, porque colocaba en el lugar de su alma humana al mismo Verbo. La teología de San Atanasio y la escuela alejandrina era una teología encarnacionista, más ontológica (del ser mismo de Cristo) que soteriológica (la obra salvadora de Cristo), distinta de la antioquena, y que insistía en la unidad del Verbo encarnado, en la transfiguración de su humanidad, y en la estrecha relación entre nuestra salvación y la Encarnación. Newman insiste con San Atanasio y con San Cirilo en el admirable intercambio: “El Hijo único de hizo hombre...a fin de que nuestra naturaleza fuese santificada”(San Cirilo). También este estudio de San Atanasio y sus respuestas a las herejías cristológicas, surgían en Newman por la necesidad de responder a su vez a posturas similares de su entorno religioso. Negaban por entonces la Encarnación los unitarios o socinianos, y también se escuchaban doctrinas neonestorianas y neosabelianas. Los sermones de Newman sobre el misterio teándrico de Jesucristo respondían a estas herejías redivivas, a la vez que reafirmaban la verdadera fe de los oyentes.

Newman nunca abandonó a San Atanasio. Entre 1841 y 1844 se dedicó a traducir los tratados

³⁶ Ari, 147-148

³⁷ Ari, 361-362

³⁸ Ari 146

³⁹ HONORÉ, Jean, *La pensée christologique de Newman*, Desclée, Paris, 1996.

de Atanasio en su lucha contra el arrianismo, para la Biblioteca de los Padres que dirigía Pusey. El permanente interés en el tema siguió hasta el final de su vida, porque en 1881 hizo una nueva edición que prologó y en 1887 una breve nota para las ediciones de entonces. El primer volumen recoge los tratados, y el segundo es un índice de anotaciones sobre los temas teológicos que aparecen en los tratados ⁴⁰. Tenemos pues un período que abarca 60 años, desde 1827 a 1887. En la habitación de Newman hay una estampa de San Atanasio frente al reclinatorio donde oraba. (Algunos rumores dicen que lo beatificarían el domingo 2 de mayo del año que viene, y ese día es según el calendario la memoria de San Atanasio ¿providencia?).

Pero junto con esta gran figura encontró a los otros Padres alejandrinos. Y así como en San Atanasio encontró el principio dogmático y la Encarnación como el dogma central, en los otros vio expresado su otro gran principio teológico que él mismo llamó “sacramental”. Así nos dice en la *Apología: Me arrastró la amplia filosofía de Clemente y Orígenes...Algunas partes de su doctrina, magníficas en sí mismas, sonaban en mi oído interior como una música, como respuesta a ideas que yo había amado por tanto tiempo, con poco ambiente exterior para favorecerlas. Estas doctrinas se basaban en el principio místico o sacramental, y hablaban de varias dispensaciones o economías del Eterno. Entendí que estos pasajes querían decir que el mundo exterior, físico e histórico, era sólo manifestación para nuestros sentidos de realidades más grandes que él mismo. La naturaleza era una parábola; la Escritura, una alegoría; la literatura, filosofía y mitología paganas habían sido mera preparación para el Evangelio...El mundo visible sigue aún sin su interpretación divina; la santa Iglesia, con sus sacramentos y órdenes jerárquicos, permanecerá, después de todo, hasta el fin del mundo como mero símbolo de estos hechos celestes que llenan la eternidad. Sus misterios son mera expresión, en lenguaje humano, de verdades que no alcanza la inteligencia humana. Es evidente que en todo*

*eso había mucho en armonía con las ideas que me habían atraído de joven y con la doctrina que yo había atribuido ya a la Analogy, de Butler, y al Christian Year, de Keble.*⁴¹

Butler era, como dijimos, uno de los teólogos anglicanos ortodoxos del siglo XVIII, y Keble, amigo de Newman y fellow del mismo Oriel College, un gran poeta y teólogo místico. La sinonimia entre sacramental y místico permite hablar también de principio místico, y así lo hace Newman. “Misterio” y “sacramento” son la misma expresión, griega y latina respectivamente, que indica una realidad visible-invisible. De hecho, el místico para los Padres era el cristiano que creía, y por tanto era capaz de “ver” más allá de las cosas y de los hechos. El principio sacramental supone mirar no tanto alrededor de las cosas sino a través de ellas. Esta actividad contemplativa llega al centro de las cosas visibles y descubre ese mundo invisible, más real, de mayor densidad, de más energía e intensidad que la materia física. Por eso los Padres griegos, que eran grandes contemplativos, son conocidos como Padres dioréticos. *Diorao* significa “ver dentro”, “ver por”. Para Orígenes las cosas visibles no eran más que los sacramentos de las cosas invisibles. Ello valía igualmente para lo que se refiere a la humanidad del Salvador, que es solo un camino hacia el Logos que constituye el verdadero nutrimento del alma. Aquí se ve que el principio sacramental tiene su primer analogado en el Jesucristo mismo, el Verbo Encarnado, Dios y hombre. Para Orígenes toda la vida del Señor es un sacramento, que prosigue invisiblemente en la Iglesia, ya que los misterios de Cristo se prolongan en ella ⁴². De Lubac dice que para interpretar bien a Orígenes hay que ir a la *Apología* de Newman. ⁴³

Newman tomó de los Padres griegos la teología de la Encarnación, que en su momento lo distinguió de la teología vigente de raíz protestante que ponía el énfasis en la teología de la

40 *Select Treatises of St. Athanasius in Controversy with the Arians*, 1845, 1881.

41 *Apo*, 26-27

42 DANIÉLOU, Jean, *Orígenes*, ED. Sudamericana, Buenos Aires, 1958; pp.327-331

43 DE LUBAC, Henry, *Histoire et esprit*, p. 251

Expiación. También tomó de aquellos Padres el principio de la analogía entre el orden natural y sobrenatural, el principio de la Economía o dispensaciones de Dios en su plan salvífico, y la doctrina de la Providencia divina. Así, desde la Encarnación, y de acuerdo a la analogía, la Economía y la Providencia, Newman reconoce que el mundo visible es como una *parábola* del invisible. También en los Padres alejandrinos, al escribir el ensayo sobre los arrianos, encontró el sentido *alegórico* de la Escritura, que es congruente con una visión espiritual y mística que hace de la misma Escritura un sacramento de las realidades invisibles de Dios y de sus designios sobre el mundo y el hombre. Y según el párrafo que hemos leído, afirma que el mundo visible es también el histórico, el espacio-tiempo, de donde el principio sacramental deriva necesariamente en el principio del desarrollo. Esto se aplica tanto a la Revelación divina en el tiempo, como al hecho de otras dispensaciones o economías, como todo el conjunto del mundo pagano, que Newman ve como una *praeparatio evangelica*.

La cuestión de la relación entre el orden natural y el sobrenatural, o la creación y la revelación, o la naturaleza y la historia, será expresada por Newman como relación entre la religión natural y la revelada, un tema permanente en su teología, que desarrolla ya en 1830 en su segundo sermón universitario⁴⁴, que podría considerarse como su primera síntesis teológica⁴⁵. Sigue a los Padres, y aplica el principio sacramental al ámbito de las discusiones de la época sobre la razón y la fe, donde cada uno de estos modos de conocimiento quedaba aislado o contrapuesto, correspondiendo al de la razón el mundo visible y lo deducible del mismo y al de la fe el mundo invisible y lo creíble del mismo. El principio sacramental era también una respuesta al racionalismo vigente y al fideísmo emergente del mismo. Keble definió este “principio sacramental” como

“la doctrina de que los fenómenos materiales son a la vez tipo e instrumentos de cosas invisibles”⁴⁶, una definición que Newman transcribe literalmente en la *Apologia*.

Esta teología sacramental la volcó en sus sermones, de sabor patrístico, como aquel titulado *El mundo invisible*. En esto puso en práctica ese propósito de hacer “reales” los dogmas de la fe, las cosas que no se ven. El verbo “to realize” que tanto usa sintetiza lo que el principio sacramental propone. En efecto, Newman nos hace ver siempre más allá, más profundamente, con los ojos de la fe, la realidad en toda su plenitud, sea cuando habla de Dios, del hombre, o del mundo.

3. La Iglesia de los Padres y el principio de antigüedad en Newman.

Hemos visto como esta década entre 1822 y 1832 fue decisiva en su formación patrística. Para entonces Newman tenía ya la colección íntegra de patrística griega y latina, en parte regalada por sus estudiantes en 1831, y en parte comprada por él mismo en la edición alemana. El siguiente período se abre en 1833 con el inicio del Movimiento de Oxford, nombre que recibió recién en 1880. En realidad Newman y sus miembros eran conocidos como Tractarianos, por los *Tracts for the Times* que comienzan a editar para difundir sus ideas. Allí se recogían textos de teólogos carolinos, non-jurors y High Church en apoyo de las doctrinas, pero también de los Santos Padres. El Movimiento se inspiraba en la *Iglesia antigua de los Padres*. *Estábamos sosteniendo*, dice Newman, *aquel cristianismo primitivo que había sido enseñado para todos los tiempos por los primeros doctores de la Iglesia, y estaba consignado en los formularios anglicanos y por los teólogos anglicanos. Esta antigua religión había poco menos que desaparecido del país a causa de los cambios políticos de los últimos cientos cincuenta años, y había que restaurarla. Sería, de hecho, una segunda refor-*

44 *The influence of Natural and Revealed Religion respectively*, OUS 2, pp.16-36, predicado el martes de Pascua, 13 de abril de 1830.

45 Ver edición castellana *Fe y Razón*, Encuentro, Madrid, 1993, nota del P. Aureli Boix, p.69

46 *Works of Richard Hooker*, vol I, prefacio de Keble, p.xiii.

ma; una reforma mejor, pues no sería un retorno al siglo XVI, sino al SVII. En efecto, el Movimiento tractariano pretendía salir del *tunnel period* de 150 años, desde la Revolución gloriosa de 1688, que abrió las puertas al presbiterianismo puritano, al latitudinarismo y al congregacionalismo, con el Acta de Tolerancia. Había que ir más atrás de 1688, pero no a los reformadores del siglo XVI sino a los teólogos carolinos del siglo XVII y los non-jurors, y luego más atrás aún, había que remontarse hasta los Padres de la Iglesia, a quienes aquellos teólogos remitían, como ya vimos. Así, nos dice Newman que el teólogo anglicano Bull, en su obra sobre Nicea (elogiada por Bossuet) le transmite la *Antigüedad como verdadera fuente de las doctrinas de la cristiandad y la base de la Iglesia anglicana. Siempre tenía ante los ojos que había algo más grande que la Iglesia establecida, y ello era la Iglesia católica y apostólica, instituida desde el principio, de la que aquella era sólo la presencia y órgano local. Si no era esto, no era nada*. Es decir, la Iglesia de los Padres.

Newman agrega un juicio decisivo: *En cuanto a las Iglesias Alta y Baja, pensaba que una no tenía base lógica más sólida que la otra*. Critica tanto al Evangelismo del cual había partido (Iglesia Baja) como a la High Church (Iglesia Alta) adonde había llegado. El Movimiento no estará en ningún de estos campos. Los tractarianos se consideraban como verdadera High Church al ser herederos de los carolinos y non-jurors. En la teología clásica de éstos, la regla para la interpretación de la Escritura residía en el consenso de los Santos Padres y los primeros Concilios ecuménicos, es decir, la enseñanza autorizada de la Iglesia universal primitiva hasta el siglo V. El principio clave había sido formulado por Vicente de Lerins: *quod semper, quod ubique, et quod ab omnibus*⁴⁷. Se trataba no solo de la Escritura sino de la Tradición. Esta postura había declinado entre los teólogos de la época hannoveriana⁴⁸. Los latitudinarios no valoraron a los Padres. En cambio, viejos Highchurch fueron los artífices de edicio-

nes patrísticas y comentarios sobre los Padres, durante los cuarenta años anteriores al tractarianismo⁴⁹.⁵⁰ Samuel Horsley, citado por Newman⁵¹, había apelado frecuentemente a la “tradición primitiva y uniforme”⁵², a la “tradición católica”⁵³, a la “doctrina pura de los primeros siglos”⁵⁴, a la “autoridad acumulada de siglos”⁵⁵, y afirmaba que esta fe se funda sobre “los escritos de los Padres de los tres primeros siglos”⁵⁶, y que “el criterio de la verdad” es “la Escritura y las tradiciones católicas”⁵⁷. En las Conferencias anuales Bampton, de la Universidad de Oxford, era habitual el tema de la teología patrística.

En 1836 Newman escribe en el *British Critic*, otro difusor del Movimiento, un artículo sobre la *Tradición Apostólica*, donde afirma que *como anglicanos mantenemos que ella [la Escritura] no es su propio intérprete, y que, como hecho histórico, ha sido siempre dada a los individuos con un intérprete externo a sus lectores e infalible, esto es, con una Tradición eclesiástica, derivada en primer término de los Apóstoles*.⁵⁸ Esa Tradición hundía sus raíces en la Antigüedad, en aquella Iglesia indivisa de los Padres.

Newman escribió entre 1835 y 1838 semblanzas patrísticas, a modo de “cartas” al periódico *British Magazine*, que respondía a los ideales del Movimiento. Luego las publicó en 1840 a modo de libro, con el título *La Iglesia de los Padres*. Analiza los conflictos entre la Iglesia de entonces y el poder imperial arriano, con figuras como las de San Ambrosio, San Basilio, San Gregorio de Nacianzo, San Agustín, San Antonio Abad,

49 Newman dedicó sus *Lectures on the Prophetic Office* a Routh.

50 Carta a Harford (1816) en *Remains of Alexander Knox*, Londres, 1837, p.292.

51 Cf nota 80.

52 Samuel Horsley, “Charge to the Clergy”, 1784, en *Tracts in Controversy*, Dundee, 1812, p.6.

53 ídem, p.31

54 ídem, p.73

55 *Letters form the Archdeacon of St. Alban's*, p.318

56 *Charge to the Clergy*, p.56

57 ídem, p.75

58 *Apostolical Tradition*, ECH, I, 103.

47 *Conmonitorium*.

48 La Casa de Hannover había comenzado con Jorge I en 1714 y culminaría en 1910 con Eduardo VII.

San Atanasio, y presenta también a Vicente de Lerins, San Martín de Tours, los mártires milaneses Gervasio y Protasio, y Demetrias, nieta de Proba, aquella a quien escribe San Agustín. Era un cuadro olvidado de la antigüedad cristiana. *Pretendía introducir en la moderna Iglesia de Inglaterra los sentimientos, ideas y costumbres religiosas de los primeros siglos.*⁵⁹ Decía que era *el libro más bello que había hecho*, porque no contenía más que *las palabras y las obras de los Padres*⁶⁰. Cuando siendo católico reeditó en 1857 y 1868 lo publicado en 1840, separó lo más polémico, que tenía más que ver con los protestantes y de menor interés para los católicos, y lo publicó como *Cristianismo primitivo*.

El gran aporte de los tractarianos fue la edición de la *Biblioteca de los Padres de la Santa Iglesia Católica, anterior a la división de oriente y occidente*, iniciada por Pusey con ayuda de Newman y Keble, con 50 volúmenes editados entre 1838 y 1885⁶¹. Para Newman la cuestión era la restauración de la Iglesia anglicana, y escribe en 1837 *El Oficio profético de la Iglesia*⁶², expresión final de los dos *Tracts* que había escrito sobre la *Via Media* entre el romanismo y el protestantismo (1834)⁶³, edificada sobre el principio carolino de la antigüedad. El Tractarianismo había comenzado como una protesta contra el erastianismo, es decir, el control estatal de la Iglesia. Pero para ello era menester poner de manifiesto el carácter sobrenatural, misterioso o sacramental de la misma, es decir, había que hacer teología de la Iglesia. Newman la buscó en los Padres. La eclesiología que Newman desarrolló durante los siguientes cuarenta años empieza y termina con esta obra, ya que el *Prefacio* que agregó a la misma en 1877 es su última y más importante contribución al respecto. Newman apelaba a la antigüedad en orden a proveer un modelo de

Iglesia viva que pudiera reproducirse en el siglo XIX. Newman fue perdiendo la confianza en los teólogos del siglo XVII al leer los Padres más detenidamente, y usar sus propios ojos para determinar la fe y el culto de su época⁶⁴. En 1850 escribirá: *Los teólogos anglicanos, habían erigido una casa agradable, pero sus fundamentos se desplomaban. El suelo y la mampostería eran malos. Los Padres “protegían” a los romanistas tanto como extinguían a los dissenters*⁶⁵. La insistencia en los Padres comenzaba a ser motivo de crítica y sospecha: *de todos lados se levantaba un clamor: los tracts y los escritos de los Padres nos llevarían a hacernos católicos antes de nos diéramos cuenta*. Y el clamor tuvo razón.

4. La catolicidad que Newman descubre en los Padres

El sistema episcopal era uno de los tres postulados que afirmaba como base de su posición teológica, junto al principio dogmático y la realidad de una Iglesia sacramental. Dice haberse basado en las cartas de San Ignacio de Antioquia, que estudió y tradujo con un análisis muy profundo. El vínculo real con la antigüedad y la garantía de fidelidad a la misma estaba en la continuidad apostólica. Los *Tracts* se dedicaron en gran medida a sustentar la doctrina de la sucesión apostólica, y recogieron antecedentes anglicanos a su favor; muchos de ellos fueron escritos por Newman⁶⁶.

Ahora bien, al fundamento eclesiológico de la apostolicidad y de la sucesión apostólica, estaba unida la catolicidad. Newman afirma: *Por Igle-*

59 *Apo*, 95.

60 L.D. VII, p.218, 241, año 1840.

61 *Libray of Fathers of the Holy Catholic Church, anterior to the division of the East and West* (50 vols., Oxford, 1838-85).

62 *Lectures on the Prophetic Office of the Church viewed relatively to Romanism and Popular Protestantism*.

63 *Tract* 38 y 41.

64 Carta a Pusey, 19-2-1844 (el volumen X de las LD no ha sido publicado aún)

65 *Diff*, 165.

66 *Tract* VII, *The Episcopal Church Apostolical* (1833), *Tract* XI, *The Visible Church I-II* (1833); *Tract* XIX *On arguing concerning the Apostolical Succession. On reluctance to confess the Apostolical Succession* (1833); *Tract* XX *The Visible Church III* (1833); *Tract* XXXI *The Reformed Church* (1834), *Tract* XXXIII *Primitive Episcopacy* (1834); *Tract* XLVII *The Visible Church IV* (1834); *Tract* LXXIV *Catena Patrum I. Testimony of Writers in the later English Church to the doctrine of the Apostolical Succession* (1836) de Newman.

sia católica queremos decir la Iglesia universal que descende de los apóstoles⁶⁷. Pero la catolicidad era sólo la antigüedad. La Iglesia católica significaba sobretudo la Iglesia de los Padres de los primeros cinco siglos, la antigua Iglesia indivisa. Este era el contenido de los primeros escritos del tractarianismo. Además, la catolicidad según la según la visión anglicana, mantenida tanto por los teólogos carolinos, como los “nonjurors”, y la ortodoxia High Church, no era otra que la de las “ramas”, que Newman hace suya en la *Via Media*. Precisamente la legítima sucesión apostólica hacía de la Iglesia de Inglaterra una rama legítima de la Iglesia universal. la catolicidad así entendida no implicaba un centro dogmático de unidad como sostenía Roma, sino una federación de entidades territoriales separadas que mantenían cada una ciertas notas fundamentales de fe católica y orden apostólico. La supremacía papal estaba en el catálogo de errores romanos que Newman compiló. Newman no daba, por entonces, a la catolicidad la misma importancia que atribuía a la apostolicidad, o antigüedad, de la Iglesia. De hecho en el *Tract 20* minimizó la pretensión anglicana de catolicidad⁶⁸, y en el *71* aceptó que el *sacramentum unitatis* que él creía esencial para la pureza de la fe había sido “destrozado en el gran cisma del siglo XVI”, y que “desde ese momento, por lo menos, la Verdad no ha habitado simple y seguramente en cada visible Tabernáculo”. La Iglesia de Inglaterra estaba “en cierta medida en esa posición que adjudicamos en pleno a su hermana latina: en cautividad”⁶⁹.

Creció en él la tensión entre Iglesia nacional e Iglesia Católica o universal. En su respuesta a Palmer concluye que la unidad requiere algo más que meras “notas” de orden apostólico y fidelidad restringida a lo fundamental. Lo doctrinal no podía separarse de lo católico⁷⁰. Por otro lado, la catolicidad implicaba para Newman, como para toda la tradición carolina, nonjuror y High Church, una Iglesia visible, según el principio sacramental.

El problema era la catolicidad en relación a la antigüedad. las partes de la controversia eran: la *Via Media* anglicana y la religión popular de Roma. En cuanto al tema en que radicaba la controversia, era el siguiente. El anglicano se apoyaba en la Antigüedad o Apostolicidad y el católico romano en la Catolicidad. El anglicano decía al romano: ‘Hay una sola Fe, la Antigua, y vosotros no la habéis conservado’. El romano replicaba: ‘No hay más que una sola Iglesia, la Católica, y vosotros estáis fuera de ella’...La verdadera Iglesia, tal como se define en los Credos, era Católica y Apostólica. Mi visión de la controversia era que Inglaterra y Roma se habían repartido estas notas y prerrogativas. El conflicto era Apostolicidad contra Catolicidad⁷¹.

Pero entonces aparecieron los Padres nuevamente. Newman recibió tres golpes. Comenzó a estudiar las controversias cristológicas en torno a la herejía monofisita en 1835 y en 1839. Esta última vez ocurrió algo: *Me asaltó por primera vez la idea de que el Anglicanismo era insostenible...Mi baluarte era la Antigüedad; y he aquí que, en pleno siglo V, me pareció ver reflejada la Cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi rostro en ese espejo: yo era un monofisita. La Iglesia de la Via Media ocupaba el lugar de la Comunión Oriental; Roma estaba donde está ahora; y los protestantes eran los Eutiquianos....El drama de la religión, la lucha de la verdad y el error han sido siempre el mismo. Los principios y modos de actuar de la Iglesia ahora, eran los de la Iglesia entonces; los principios y modos de actuar de los herejes de entonces eran los de los protestantes de ahora...Había una terrible semejanza*⁷². Apareció con fuerza la figura del gran Padre de la Iglesia y Papa San León Magno.

Ese mismo año 1839 lee un artículo de Wiseman, donde citaba el texto de san Agustín *securus judicat orbis terrarum*, contra los donatistas⁷³. Era el segundo golpe de gracia. Quedaba respondida toda la polémica anterior. Era el argumento de catolicidad. El juicio último de

67 *Prophetical Office of the Church*, 212.

68 *The Visible Church II* (1833)

69 *Tract 71 On the Controversy with Romanists* (1836)

70 *Palmer's Treatise on the Church*, British Critic, 1838.

71 *Apo*, 128

72 *Apo*.135

73 *Contra epistolam Parmeniani*, 3,24 (CSEL 51, p.131,6),

la Iglesia lo conforma la inteligencia general del mundo cristiano. El hiponense ponía la catolicidad como criterio de verdad eclesiológica. *Con estas grandes palabras del antiguo Padre, que interpretaban y resumían el largo y accidentado curso de la historia de la Iglesia, la teoría de la 'Via Media' había quedado absolutamente pulverizada* ⁷⁴. La catolicidad era una idea viva, no era un debate sobre la antigüedad. Por tanto, la unidad como nota característica de la Iglesia de Cristo residía en su real universalidad.

El tercer golpe fue al proseguir el estudio del arrianismo con San Atanasio: *vi con toda claridad que en la historia del arrianismo, los arrianos puros eran los protestantes, los semi-arrianos eran los anglicanos y Roma estaba ahora donde había estado entonces*. Era con los Padres como se hallaba siempre frente a la verdad. ¡Qué paradoja! La Iglesia antigua de los Padres no le hablaba de antigüedad sino de catolicidad, una nota que la Iglesia anglicana no tenía, y Roma sí. Por tanto, la unidad como nota característica de la Iglesia de Cristo residía en su real universalidad. Primero San León, luego San Agustín y una vez más San Atanasio.

Ante esta situación, Newman volvió a sus *tres creencias originales: el principio de la Verdad Revelada o dogma, el sistema sacramental y el anti-Romanismo*. Los dos primeros se encontraban mejor protegidos en Roma que en la Iglesia anglicana... *En consecuencia, mi principal argumento a favor de las afirmaciones anglicanas radicaba en las acusaciones concretas que pudiera formular contra Roma* ⁷⁵.

Ante esta situación, Newman nos dice que tuvo que volver a sus *tres creencias originales, ya comentadas largamente: el principio de la Verdad Revelada o dogma, el sistema sacramental y el anti-Romanismo*. Los dos primeros se encontraban mejor protegidos en Roma que en la Iglesia anglicana. *Esta poseía ciertamente la Sucesión Apostólica, los dos sacramentos más importantes y los Credos antiguos; pero en el sistema anglicano existía mucho menos rigor*

en asuntos de doctrina y de culto que en Roma. En consecuencia, mi principal argumento a favor de las afirmaciones anglicanas radicaba en las acusaciones concretas que pudiera formular contra Roma ⁷⁶. Los supuestos abusos prácticos, excesos y corrupciones de Roma serían resueltas con el principio del desarrollo. Con él la doctrina de la Antigüedad no era anticuarismo ni una suerte de fundamentalismo patrístico sino la raíz de un auténtico desarrollo que sólo se había dado en la Iglesia de Roma.

5. El principio del desarrollo de la verdad católica en la conversión de Newman: la Iglesia de los Padres y la Iglesia de Roma.

El intento de interpretar los 39 artículos del credo anglicano en el sentido más católico posible en su *Tract 90*, le valió la condena de los obispos anglicanos, uno tras otro. Además, el Parlamento junto con la Iglesia había decidido nombrar un obispo en Jerusalén con jurisdicción sobre luteranos, según un convenio político entre Inglaterra y Alemania. Era el triunfo progresivo del liberalismo religioso y la decadencia de la Iglesia anglicana. *Se destruyó finalmente mi fe en la Iglesia anglicana... Desde finales del 1841 yo me encontraba como en el lecho de muerte de mi Anglicanismo*. Newman se retira entonces a Littlemore, que dependía de su parroquia de Oxford, donde había construido una iglesia y cerca una casa.

En aquel pequeño lugar de Inglaterra y del mundo fueron ocurriendo los hechos que llevarían a Newman hasta Roma. En 1843 escribe una retractación pública de las cosas duras que había dicho contra Roma. Ese mismo año renuncia al cargo de párroco en Santa María de Oxford, desde cuyo púlpito había predicado durante quince años. Pero su último sermón fue en la iglesita de Littlemore. La capilla estaba llena, se pusieron sillas afuera. Muchos de sus compañeros del Movimiento estaban presentes. Newman predicó su

⁷⁴ Apo, 137

⁷⁵ Apo, 139.

⁷⁶ Apo, 139.

sermón número 604, titulado “*La despedida de los amigos*”. Vivió desde entonces como laico en la Iglesia de Inglaterra. Seguía traduciendo a San Atanasio en medio de toda esa borrasca.

Estando allí, y como último intento, se puso a escribir un ensayo *Sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, para demostrarse a sí mismo que las cosas que creía la Iglesia de Roma no eran agregados a la fe de la Iglesia primitiva, sino un desarrollo homogéneo. *Si al terminarlo seguía tan convencido como al principio sobre la Iglesia de Roma, daría los pasos necesarios para ser admitido en su seno.* El principio del desarrollo servía como verificación, que el anglicano no podía presentar, de que la Roma moderna era, en verdad, la antigua Antioquia, Alejandría y Constantinopla, exactamente como una curva matemática tiene su propia ley y expresión.⁷⁷ Dice al final del Ensayo: *de todos los sistemas actuales, la Iglesia romana de hoy es la que, de hecho, se acerca más a la Iglesia de los Padres... Resucitad a San Atanasio o San Antonio, y sabéis bien a qué comunión irán derecho...esos Padres se encontrarían en su hogar en la casa de San Bernardo o de San Ignacio de Loyola, en la vivienda de un cura párroco de un aldea perdida, o en un convento de caridad, o en medio de una muchedumbre ignorante que ora ante el altar. Entre estos y los doctores o de los miembros de cualquier otra Iglesia, no dudarían ni un solo instante.* La obra presenta estos cuadros históricos tan convincentes.

El Ensayo quedó inacabado. En Littlemore tuvo lugar su conversión a la verdadera Iglesia de Cristo, que tanto había buscado, de la que tanto había escrito y predicado. El 8 de octubre de 1845 el padre pasionista Domenico Barberi llegó a Littlemore a la noche, en medio de un diluvio. Entró en la biblioteca y comenzó a secar sus ropas. En ese momento entró Newman y se arrodilló. Hizo

confesión general de toda su vida. Volvió a sus habitaciones extenuado. Pero a las 5.30 de la mañana del día 9 estaba escribiendo cartas anunciando su conversión. Por la tarde fue recibido en la Iglesia Católica. El padre Barberi celebró Misa en la pequeña capilla oratorio. No había altar, y trajeron el escritorio del cuarto de Newman que había usado para escribir su Ensayo. El desarrollo que intentó demostrar allí sobre la vida de la Iglesia, reflejaba su propio desarrollo de conversión hacia la Iglesia de Roma, la que en verdad se parecía a la Iglesia de los Padres que tanto amaba. Recibió en esa Misa su Primera Comunión católica. En las oraciones de la tarde se suplantó el latín con la pronunciación de Oxford por la italiana romana, y se cantó por primera vez la antifona de la Santísima Virgen. Escribe en la *Apología*:

Me fui de Oxford para siempre el lunes 23 de febrero de 1846. El sábado y el domingo los pasé en Littlemore yo solo, igual que los primeros dos o tres días cuando llegué a aquel lugar...Desde entonces no he vuelto a ver Oxford, excepto sus torres, cuando se destacan a lo lejos desde el tren ⁷⁸. Y dice en una carta: *Me doy cada vez más cuenta de que dejamos Littlemore y de que es como ir al mar abierto...no sentí nada al dejar Oxford o Santa María, pero me afecta profundamente dejar Littlemore...Ha sido más que costoso para mí. Tuve que arrancarme a mí mismo del sitio, y no pude evitar besar mi cama y la chimenea y otros rincones...He sido muy feliz allí, a pesar de encontrarme en una situación de espera. Allí me ha sido señalado mi camino y he recibido la respuesta a mis oraciones.* ⁷⁹

La frase de Newman que resumirá este camino hacia la verdad quedará siempre en la historia de la Iglesia:

“*Los Padres me hicieron católico*”. ●—

⁷⁷ Apo 202.

⁷⁸ Apo, 230

⁷⁹ L.D., XI, 130.

NEWMAN EN FOTOS Y PINTURAS



Familia de Newman. Pintura de M. Giberne.



Newman predicando en Santa María de Oxford en 1841, Dibujo de Ryan



Litografía sobre un retrato de M. Giberne, 1842



Retrato por Sir William Rose, 1845



Retrato por George Richmond, 1844



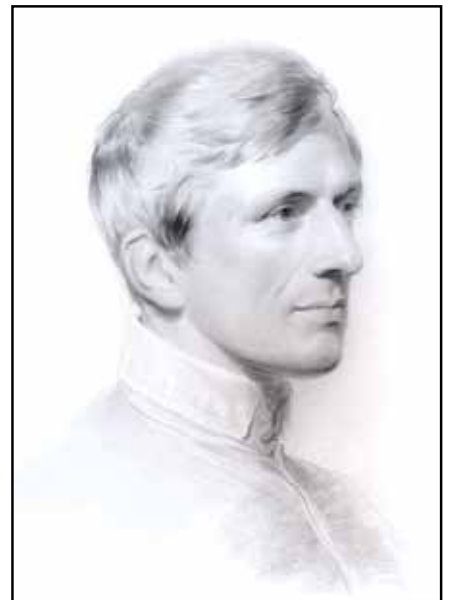
Retrato por Sir William Rose, 1845



1846-47 en Roma
Pintura de M. Giberne



Newman y Ambrose St. John
en Roma, 1846
(óleo de M. Giberne)



Retrato de George Richmond, 1847

NEWMAN EN FOTOS Y PINTURAS



Pintura de M. Giberne, 1851



1860



1860



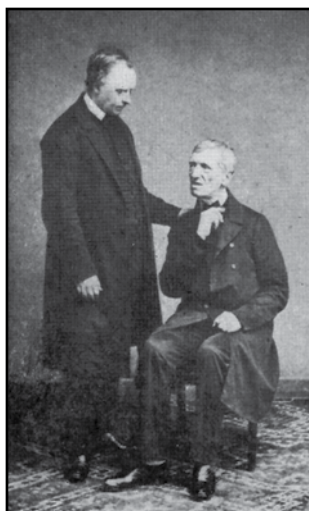
1861



1861



1861



Newman y Ambrose St. John
en París, 1861



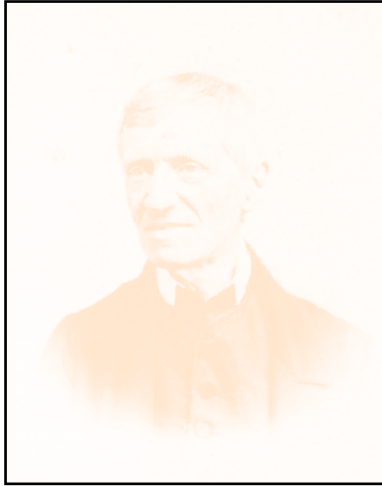
1863



1863



1863



1863



1864



1865



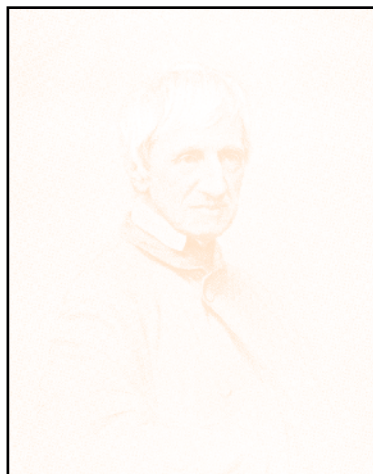
Retrato de A.R. Venables, 1868



1870



1870

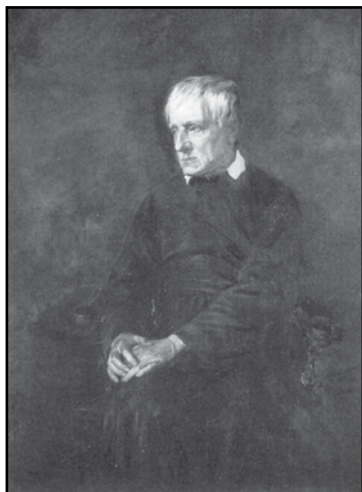


Grabado de Joseph Brown, 1873



1874

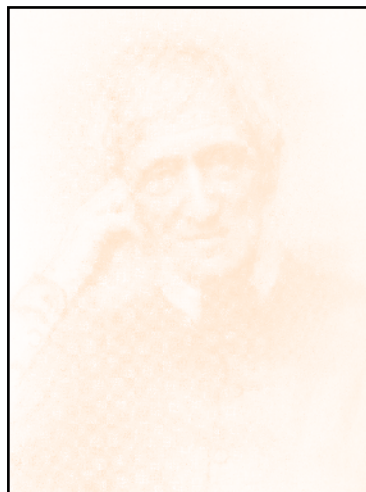
NEWMAN EN FOTOS Y PINTURAS



Óleo de W.T. Roden, 1874



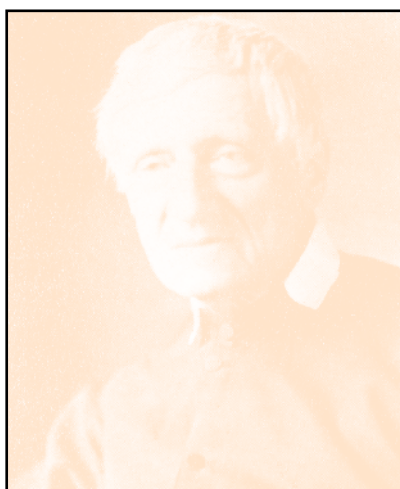
Grabado sobre un dibujo de Lady Coleridge, 1877



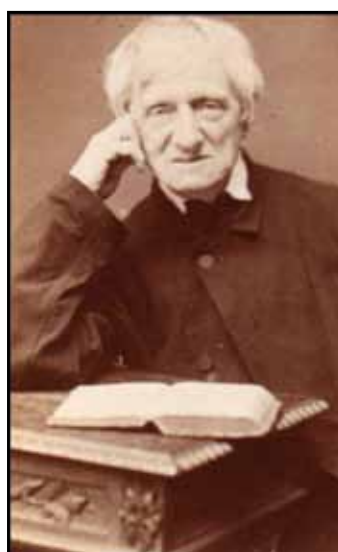
Dibujo de Lady Coleridge, 1877



Caricatura
Acuarela de Sir
Leslie Ward
1877



1878



1878

Newman con los padres del Oratorio de Birmingham, 1878



Roma 13 de mayo 1879





1879



Retrato por Claude Pratt, 1879



Retrato por W.W. Oules, 1880



Retrato por W.W. Oules, 1880



1882



Retrato de Sir John Millais National Portrait Gallery 1881

NEWMAN EN FOTOS Y PINTURAS



1883



1883



1883

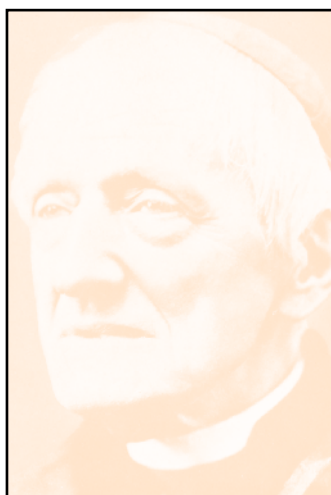
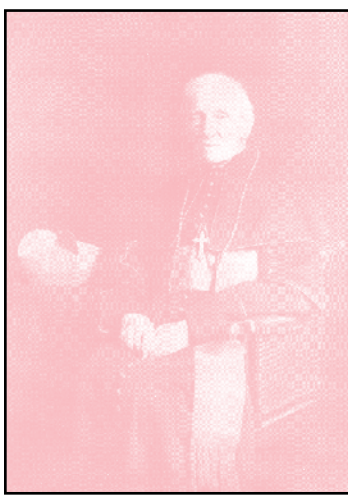


Foto Louis Barraud 1885



1883



1883

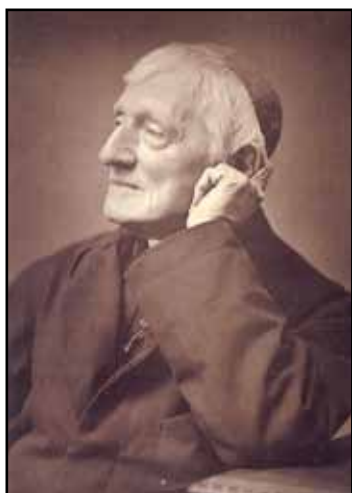


Foto Louis Barraud 1885



Foto Louis Barraud, 1885



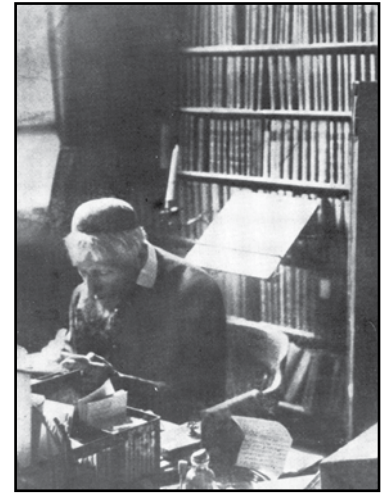
Dibujo de Elinor Hallé 1885



1885



Retrato de Emmeline Deane
National Portrait Gallery 1886



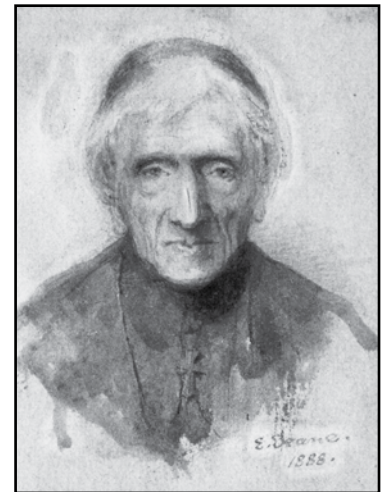
1886



1886



Con el Padre Bellasis, 1887

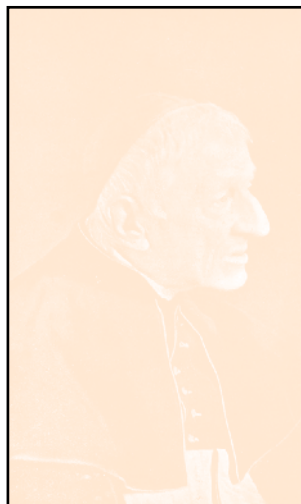


Acuarela de Emmeline Deane, 1888



Aguafuerte de Alphonse Legros, 1888

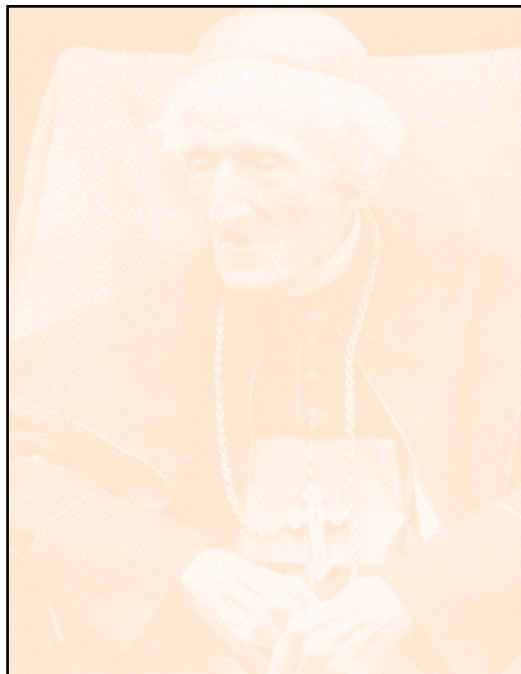
1888



1889



NEWMAN EN FOTOS Y PINTURAS



1890. Últimas fotos



*El atractivo de la santidad humilde
tiene un carácter de irresistible
urgencia... Un puñado de personas,
dotadas de una gracia sublime,
rescatarán el mundo durante
los siglos venideros.*

Oxford University Sermons, 146

